

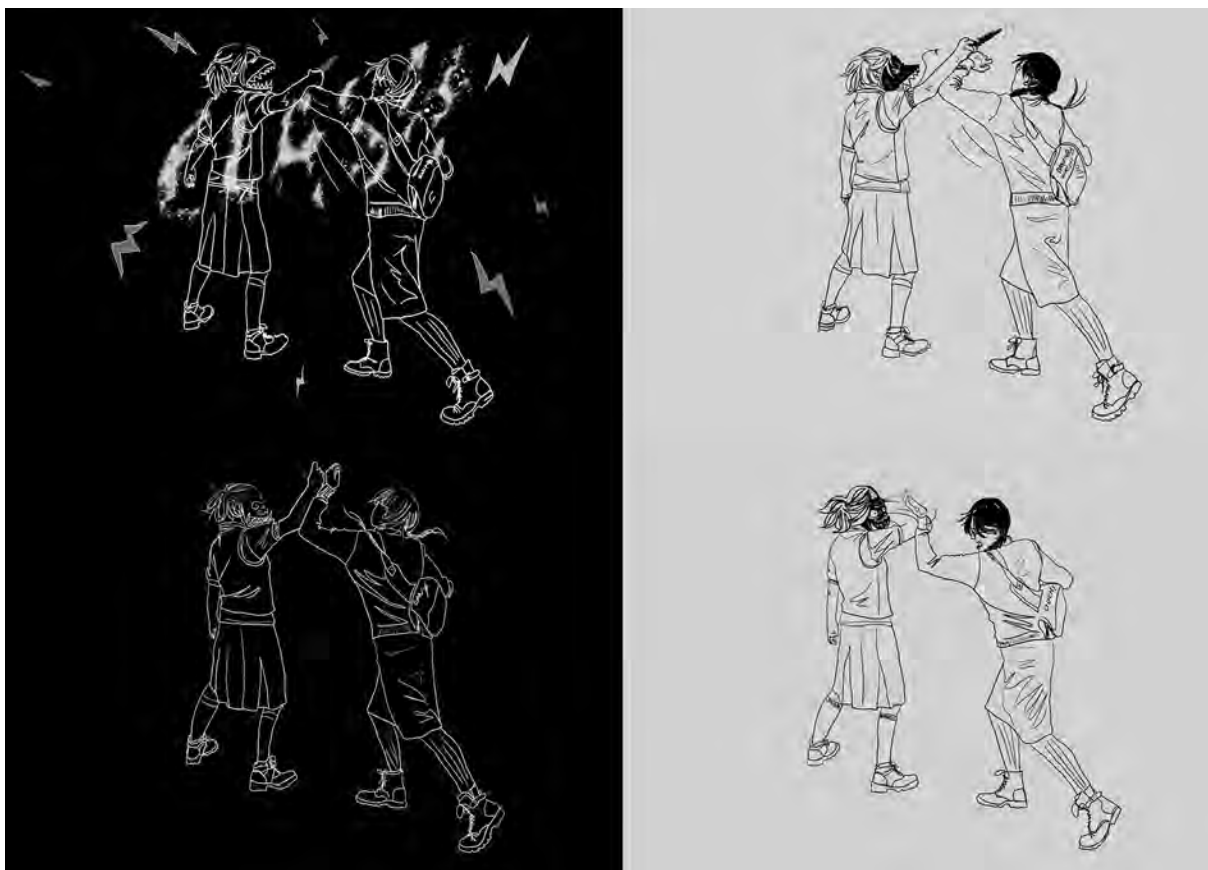


LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Laila Torres-Mendieta (Naucalpan, 1986). Licenciada en Artes Visuales por la ENAP. En 2011, la exposición individual *Las princesas guerreras* se presentó en TACO, Taller de Arte Contemporáneo. Desde 2007 ha participado en varias exposiciones colectivas en el Museo de Arte Virreinal de Taxco (2007), en el Centro Cultural Indianilla (2007), en la UNAM (2008), en el Museo de Historia de Tlalpan (2010), en el MUCA (2010), en la galería Ollin Yoliztli (2011), en la nueva sede del Taller de Arte Contemporáneo, Casa del Virrey de Mendoza (2012) y en Casa Frissac (2013). Formó parte del taller interdisciplinario La Colmena de la ENAP y de la pieza colectiva *Compra-venta* de la artista brasileña Rosangela Rennó en el MUAC. En marzo de 2013 participará de manera colectiva en la galería de Mémoire de l'Avenir (París) y en la Universidad de la Sorbona.

IMAGEN DE PORTADA



Laila Torres-Mendieta, *Falling apart*, still de animación, 5s, formato AVI, 2012

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Colosos / Sergio Ricaño	8
JÓVENES POETAS EN ESPAÑA	
Jóvenes poetas en España: breve diccionario para una lectura / Ana Franco Ortuño	14
Alex Chico	18
Andreu Navarra	22
Laia López Manrique	25
Sofía Castañón	30
Ben Clark	34
Elena Medel	39
Unai Velasco	43
David Leo García	48
Sara Gallardo	52
Alberto Guirao	55
Cristian Alcaraz	59
Indocumentado / Édgar Omar Avilés	64
Jacques Dupin por Iván Salinas / Eduardo Uribe	67
De <i>El sendero frugal. Antología 1963-2000</i> / Jacques Dupin-Iván Salinas	70
El cobre / Rogelio Pineda Rojas	73
Conversaciones / Diego Salas	77
EL RESEÑARIO	
Fernando Ortega, cazador de grietas / Christian Barragán	78

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 177, enero-febrero 2013
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Mariana Hernández y Sol Aréchiga
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Laila Torres-Mendieta
Ilustración de este número: Laila Torres-Mendieta
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Iniciamos 2013 con una edición mixta. Por un lado, la muestra de poetas jóvenes de España preparada por Ana Franco Ortuño, y por el otro, un fuerte cuerpo misceláneo que incluye tres piezas narrativas: “Indocumentado”, cuento de Édgar Omar Avilés, ganador del Premio Binacional México-Québec sobre migración; “El cobre”, cuento de Rogelio Pineda, y “Conversaciones”, una colaboración de Diego Salas que hemos dado en categorizar como relato pero que hibrida varios géneros, tendencia cada vez más visible en la nueva literatura. Además, publicamos la presentación de Eduardo Uribe al libro *El sendero frugal*, antología de poesía del francés Jacques Dupin, seleccionada y traducida por Iván Salinas. En su texto, Uribe llama la atención sobre la labor del traductor, que es la suya también. Nos conduce entonces a hablar ya no de la poesía de Dupin sino del Dupin de Iván Salinas, y nos introduce así a algunos de los poemas incluidos en esta coedición de Hotel Ambosmundos y la Secretaría de Cultura de Puebla.

En números anteriores hemos publicado muestras dedicadas a regiones españolas específicas —Andalucía, Castilla—. Esta vez, Ana Franco Ortuño conjunta a nueve jóvenes autores que nos dan una idea general del quehacer poético del país. Opta en su presentación por un glosario de términos relacionados con la generación antologada (blog, cine, ficción, infancia...), y debo decir que pocas veces he visto una descripción tan clara y precisa de una muestra. La forma elegida por Franco Ortuño se presta para diseccionar los temas y retrata de manera sucinta los pormenores y las características que confluyen en este grupo de poetas nacido entre 1980 y 1990.

En cuanto a las artes visuales, esta edición abre, en el Árbol Genealógico, con la reproducción de tres obras del pintor, dibujante y grabador Sergio Ricaño: “Coloso” (ganador de la Bienal Takeda 2012), “Flotación” y “Gigante urbano” (mención honorífica en la Bienal Zalce 2011). Agradecemos a Ricaño su generosidad al facilitarnos este material espléndido, y la recomendación de la joven artista cuyo portafolio ilustra el número: Laila Torres-Mendieta, quien presenta parte de su proyecto *Las rabiosas*. Combinando dibujo, monotipo y animación como base de la experimentación gráfica, Torres-Mendieta realiza una serie de imágenes que retoman la estética de la novela gráfica, las películas *softporn* y el manga japonés para enfrentarnos con ciertos estereotipos de fuerte arraigo en el imaginario sexual masculino. Un trabajo notable que transcurre por las páginas de este número de año nuevo. Para cerrar, también en el campo de lo visual, Christian Barragán analiza el trabajo de Fernando Ortega expuesto en la Galería Kurimanzutto.

Feliz 2013. 📍

Carmina Estrada

Colosos

Sergio Ricaño

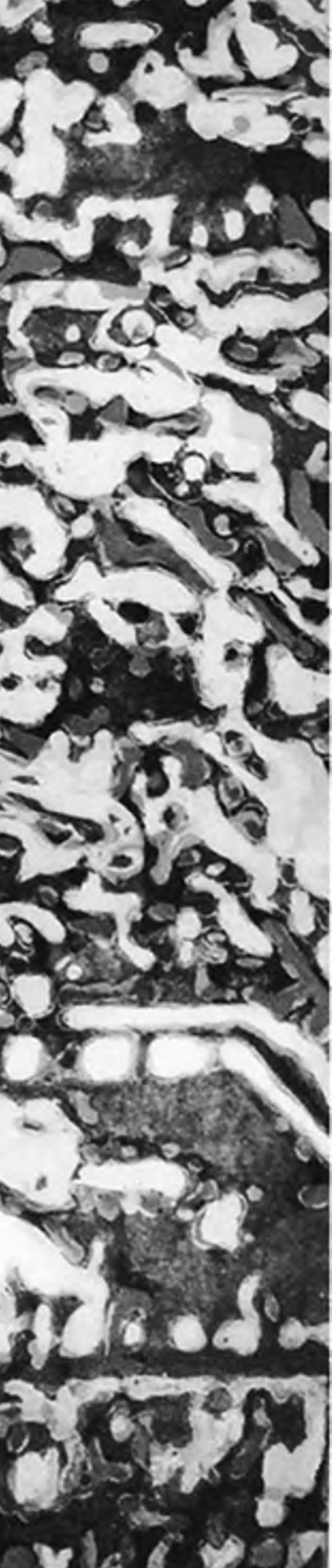


Coloso (b/n), Premio Bienal Takeda 2012, aguatinta en cuatro placas, 77 × 105 cm, 2010



Flotación (color), monotipo a cuatro placas de acrílico/papel de algodón de 300 g, 50.5 × 80 cm, 2011





Gigante urbano (color), mención honorífica Bienal Zalce 2011,
aguatinta en cuatro placas, 72 × 76 cm, 2010

Sergio Ricaño Gutiérrez (Ciudad de México, 1965). Pintor, dibujante y grabador. Estudió Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Ha realizado múltiples exposiciones, individuales y colectivas, en México y el extranjero. Su obra pertenece a colecciones como la del Museo José Guadalupe Posada, la del Museo Nacional de la Estampa, la del Museo Iconográfico de Guanajuato y la de la Facultad de Bellas Artes de San Carlos, en Valencia, España. A lo largo de su carrera ha recibido varios premios, entre los que destacan: Premio de adquisición en el Concurso Nacional de Grabado, Una visión moderna del Quijote (Festival Cervantino, 1992); mención honorífica en el IV Salón de Mini Estampa del Museo Nacional de la Estampa (1993); mención honorífica en el Concurso Nacional de Grabado José Guadalupe Posada (1994); beca de la Universidad Politécnica de Valencia, España, para la realización de una carpeta en sus instalaciones (1994); Premio de adquisición Concurso Nacional de Grabado José Guadalupe Posada, Aguascalientes (1996); Premio de adquisición en el Concurso Nacional de Grabado José Guadalupe Posada, Aguascalientes (2001); Premio de adquisición en el Concurso Nacional de Arte, Arte Libertad, Querétaro (2001); beca del gobierno de Luxemburgo para la realización de una instalación dentro del Festival Le calendrier des migrations (2007); apoyo del Patronato de Arte Contemporáneo (2011); mención honorífica en la Bienal Zalce, Morelia (2011); Premio UABJO Bienal Takeda Oaxaca (2012), y apoyo nacional de pintura otorgado por el INBA y el Fonca (2012). Ha obtenido becas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en varios periodos, la más reciente para la realización de cursos en TACO, Talleres de Arte Contemporáneo.

La niña que jugaba en la nieve, de la serie *Las princesas guerreras*, monotipo, 120 × 80 cm, 2012



Jóvenes poetas en España



Jóvenes poetas en España: breve diccionario para una lectura

Ana Franco Ortuño

*...me cae mal porque me hizo
sonreír a mí, que soy tan triste.*

Elena Medel

Blog: Los padecimientos de la red por multiplicación se compensan por contacto. Recorrí largas listas de nombres y recomendaciones: *Las Afinidades Electivas*, *Poetas siglo XXI*, *Estaban locos*, blogs personales, etc. La selección de materiales es siempre parcial e insuficiente, la abundancia en línea lo hará más notorio.

Cine: Las pantallas son útiles (cf. **Comunidad**); el cine es estético y de culto (Laia López Manrique y Unai Velasco).

Comunidad: El marco generacional, ideal para el soporte de papel, ha sido indudablemente rebasado para la web. Los autores de esta selección tienen una fuerte presencia en internet (cf. **Blog**), en Facebook y otros sitios de contacto. Esto permite, además de leerlos, intercambiar materiales y gustos, conocer sus preferencias. Vínculos inexistentes hace veinte años. Así que, además de una reunión de poetas y poemas, se trata de comunidades inter-todo. En línea nos acercan intereses y nos diferencian características, así pasa con ellos. Ninguno se parece al otro pero casi todos están vinculados en espacios virtuales. Algunos se leen, recomiendan o citan mutuamente. Los reúne la poesía.

Ficción: Desde luego, el poema confesional ha quedado atrás, lo que no significa que no hablen, a veces, de sí mismos y desde sí mismos. Hay narrativas y persona-

jes. Ficciones tristes y fascinantes (cf. “La hija que no ha nacido”).

Generación: Lógica temporal hartó criticada: diez años, once poetas, funciona cuando hay que imprimir determinado número de páginas. El hecho de que haya un autor por año (o casi) es pura coincidencia. Marco temporal de **jóvenes** (cf.) que comparten una lengua y sus antecedentes literarios. Dueños ya de los recursos electrónicos (todos ellos bloguean desde muy iniciada la adolescencia); seguramente vieron las mismas películas y series en todo tipo de soportes; comparten la crisis; organizan espacios alternativos para su producción literaria y la de sus contemporáneos. Viajan, concursan, publican.

Infancia: La infancia es cercana y en ella se origina lo que son o lo que les queda por ser (Clark, Medel, Gallardo). La nostalgia ha quedado atrás —es una característica de los nacidos en los sesenta y setenta—. Estos jóvenes han abandonado también, y finalmente, las formas tradicionales, aunque seguimos encontrando por ahí versos medidos. Cruel e imaginativa, como corresponde a toda infancia, un *niño pájaro* vuela en mil pedazos (Cristian Alcaraz).

Jóvenes (poetas): El concepto en España se actualizó más lentamente que en América Latina. Hace mucho que, para nosotros, los jóvenes son publicados incluso antes de los dieciocho años. En *Poesía pasión. Doce jóvenes poetas españoles* (Libros del Innombrable, 2004), Eduardo Moga dice: “Por otra parte, y por muy elástico que

Ana Franco Ortuño (Ciudad de México, 1969). Hizo licenciatura y maestría en Literaturas Hispánicas en la UNAM. Como poeta, ha publicado *De la lejanía* (Tinta Nueva, 2005), “Tiempo de dioses”, en *Sólo 8 poetas* (Arlequín, 2007), *Parques o El imán de la tierra* (H. Vera Editor, 2009) y *El libro de las ideas* (Secretaría de Cultura del DF/Ediciones sin Nombre, 2012). Realizó la selección de poetas argentinos en *Animales distintos: muestra de poetas argentinos, españoles y mexicanos nacidos en los sesenta* (Arlequín/Fonca/Conaculta, 2008) y la selección de poetas jóvenes de México para *Fórnix* (núm. 8/9, Nido de Cuervos, Lima, 2008). Fue coordinadora editorial de *Periódico de poesía*, UNAM, hasta 2012. Actualmente colabora en la coordinación de *Poesía en Voz Alta.13*.

sea nuestro concepto de juventud (algo muy extendido en España, donde seguimos considerando ‘jóvenes’ a autores que rozan la jubilación), me cuesta prolongarlo más allá de los treinta y cinco [...]”. En México se aplica este criterio. Así pues, los autores reunidos tienen entre veintidós y treinta y tres años (2013).

Mundo: Les pertenece. No hay extrañeza; hay un cansancio precoz o respirado. Demasiada información tal vez. Lo que pudo ser ajeno para otros, les es común. Lo recorren en viajes (Sara Gallardo y Alex Chico) o lo viven en la opacidad cotidiana de la casa, las calles, el lenguaje (David Leo García). Cambiaron nostalgia por soledad, pero no como tópico —parece que se hablaban a sí mismos (Andreu Navarra)—; sorpresa por ironía (Alcaraz). Los sorprendidos seguimos siendo los lectores más viejos. Son parcos incluso frente a la narrativa de la muerte (Elena Medel).

Poéticas: La mejor relación que establecen (afectiva y efectivamente) es con el lenguaje. Los vincula el interés y la problematización de la poesía. Los justifica. El poema no es ni alegoría ni metáfora, es la vida misma (cf. **Mundo**) que se reconstruye en las palabras. Porque indudablemente hubo algún final y a ellos les ha tocado recuperar las piezas: “tocar / la inversión del mundo / la devastación / del lenguaje parco del sintagma” (Laia López Manrique). No debería importar el nombre de las cosas, pero hay que describirnos de alguna manera, aunque sea en una imagen heredada de la madre (Sofía Castañón).

Soporte de papel: Aunque la red es un espacio natural para quienes nacieron después de los años ochenta, parece que a estos chicos no los convence la muerte del libro y les sigue interesando ver sus poemas impresos; como dice Luna Miguel en *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2012): “En aquel tiempo, dirán ustedes, señores del futuro, los lectores aún se emocionaban al abrir un libro de papel y los jóvenes poetas eran felices al ver su nombre escrito casi por primera vez en una publicación vulgar y analógica.”

Temperatura: El universo se ha vuelto frío y saben vivir en él; conocen, por ejemplo, sus deseos (cf. “Titanio”), lo describen, lo articulan, aunque la ciudad ha dejado “un estancado glaciario en las gargantas” (Alberto Guirao). El frío los hace dudar sobre el sentido de la vida; la construcción de su poética tal vez lo restablezca.

He salido de mamá
y ahora me vuelvo hacia ella
porque fuera hace frío
hay palabras
me cortan los dedos en el parque
me quitan los ojos los hijos del mar
y escuece
mamá no me preguntó nunca
si de verdad quería llegar a salir del preservativo
[...]

(Alcaraz). ❶





Alex Chico

Plasencia, 1980

A oscuras

Detrás del muro siempre hay otra muralla.

Bordeas los pasajes
con la secreta esperanza de recobrar
una ciudad que ya no te pertenece.
Por eso, decides volver al color
que no se escapó de tu memoria,
la luz invernal de las ventanas,
las celdas oscurecidas y desconchadas,
el olor invariable de una historia
que no posees, y que sin embargo
sientes como propia.
Observas el páramo —seco, solitario—
a través de una puerta legendaria,
y descubres a lo lejos una comarca
inexacta. Puede ser el territorio que
invade un recuerdo de la infancia.
El golpe de las hojas sobre la tierra,
o el sonido débil de tus pasos
en el empedrado, retoman con sigilo
la nostalgia transparente del viajero.

pp. 16-17: *First kiss*, still de animación, 5s, formato AVI, 2012

Alex Chico. Licenciado en Filología Hispánica y DEA en Literatura Española. Ha publicado los libros de poemas *La tristeza del eco* (Editora Regional de Extremadura, 2008), *Dimensión de la frontera* (La Isla de Siltolá, 2011) y *Un lugar para nadie* (De La Luna Libros, 2013), además de las *plaquettes* *Escritura*, *Nuevo alzado de la ruina* y *Las esquinas del mar*. Sus poemas han aparecido en varias publicaciones y antologías. Ha ejercido la crítica literaria en diversos medios, como *Ínsula*, *Revista de Letras* o *Ex Libris*. En la actualidad ejerce como profesor de literatura en un instituto de Barcelona y codirige la publicación digital *Revista de Humanidades Kafka*.

Ahora, sujetando entre las manos
la parte más extensa de la muralla,
compruebas tu emplazamiento,
cierras el libro, buscas un lector.
Con él emprendes el regreso.
Habitaréis una ciudad perdida en la frontera.

Ischia Porto

Así esperamos la caída del sol,
buscando un rincón en esta playa.
La lejanía se aproxima y deja en los labios
un extraño sabor a horizonte.
Las barcas construyen, a su manera,
un paisaje interior: cúmulos de arena
que no se disuelven en el agua.
Que serán, a lo sumo, barro en la mirada.

Este lugar y su forma de habitarlo
dan la medida exacta de mi mundo:
la orilla que recuerda los raíles
de una estación, en un cuadro de Delvaux;
la soledad compartida con una mujer

sentada en una cama,
bajo la mirada de Hopper.
Todos los espacios semivacíos
trazan la misma línea,
aquella que separa memoria e incertidumbre.
Lo que observo casi nunca está frente a mí,
porque es imposible su presencia:
sólo queda lo ya sucedido y regresa,
de nuevo, para habitar una playa.

Un rincón en este lugar
es, al cabo, una esquina del mundo.
Esos minúsculos paraísos en donde se admite
que vivir y esperar son caras de una misma moneda.



Las atrapadas, de la serie *Las princesas guerreras*, monotipo, 120 × 80 cm, 2012

El lugar de la escritura

Hay algo heroico en cerrar una ventana
y echar la llave a una puerta.
Algo heroico en apagar la luz
y buscar a oscuras una butaca.
Heroico es levantarse
y comenzar a caminar por la habitación,
porque se ha recordado una frase de Pascal.

Hay algo heroico en querer habitar
una ausencia de luz.
En cerrar los ojos para añadir más oscuridad.

Mirar hacia el interior debe ser eso.
Dar vueltas en círculos
y averiguar el alcance de las manos.

Hay algo heroico en ser uno mismo
y abandonarse.
Aunque no haya nadie alrededor.
Aunque la habitación se estreche
cuando alargues los brazos.
Aunque la pared se acerque
y ya no puedas sostener su empuje.

Hay algo heroico en quien no logra vivir
más allá de una habitación cerrada.

De Un lugar para nadie

Andreu Navarra

Barcelona, 1981

Idioma

La palabra desnuda
como un ojo clavado
en el océano de luz
del otro cuerpo.

El puñal
en una víscera de luz,
sufrimiento de la hierba
para entender sus tentáculos.

Explosión del agua
demoniaca como tú.

La palabra
como un dique de espuma.
El acero o la piedra del poema
contra todos los demás sonidos.



How to stab, still de animación, 5s, formato AVI, 2012

Andreu Navarra. Escritor e historiador. Actualmente trabaja como investigador en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado la novela *Nube cuadrada* (Isla Negra, 2012) y los poemarios *Suicidio súbito* (Erizo, 2006), *Fiebre y ciudad* (Diógenes, 2009) y *Canciones del bloque* (Paralelo sur, 2010). Coordinó y prologó la antología *Domicilio de Nadie. Muestra de una nueva poesía barcelonesa* (Isla Negra, 2008). Es autor, además, del doble ensayo *Dos modernidades: Juan Benet y Ana María Moix* (Abecedario, 2006). Colabora periódicamente como crítico literario en la revista virtual *Periódico de Poesía* (UNAM).



Ira

Inauguro un ámbito sin límites
donde amplí mis brazos hasta que me los arranco.

Mientras se desprenden los paneles de la ley
lleno el vaso de plasma y de orquídeas,

me convierto en una espina gris
que horada el centro del cielo,

lo azul me secuestra desgajándome,
irisados infinitos se abren sobre mí,

yo un glaucoma de mí mismo,
alzándome como un sol,

cataplasmas negras para mí,
como apósitos mojados de rana,

desapruebo andar por algo que no sea el tiempo,
combino las letras a mi antojo
para que desaparezca el niño,



se licuen mis órganos,
me recorro como una hormiga sin patas,
resultado difícil de explorar,

el vello, la erudición,
me siento ebulir
metamórfico mientras atrapo moscas.

Moscas que se me parecen
y que me regalan élitros,
una plateada ofrenda sobre una hoguera ritual,
en la que mis cejas sean el combustible.

Mendrugo

Amor tortuoso.
Espina bífida del amor.
Convicción del pasado con barba,
poblada de erizos.
La experiencia del enano
junto a la tortuga enamorada fluye
y tú procuras no pisar.

Laia López Manrique

Barcelona, 1982

Tres caminos

El primer camino es una trampa que desciende hacia el sur. Es un camino radical. El camino (y no el viajero) aspira al hundimiento. A medida que el viajero avanza, sus pies se hunden y le duele la raíz de la piel y del pelo, y también la raíz de los árboles, en la tierra, contra el barro. Siente la simultaneidad de su dolor y el dolor de la materia, viva o inerte. Aunque no se le ve desaparecer, en cierto punto se esfuma como alguien quemado por la luz.

El segundo camino tiene forma de tenia. Es un huésped, un camino interior. No tiene dirección cardinal: su movimiento es el pliegue, se enerva, se retuerce por dentro. El camino se apropia del viajero, se alimenta de lo que ingiere por contacto, apenas con el roce de su piel ganchuda y membranosa. El viajero siente la disyunción dentro de sí, la separación de su cuerpo y el cuerpo del camino. Los más afortunados logran expulsar el camino por la boca. Los menos afortunados logran ser expulsados por el camino, y entonces se convierten en un residuo, en una excrecencia.

El tercer camino es el que mejor conozco. Es un camino doble. Una bifurcación. Una lengua astillada. Sin embargo, el viajero lo percibe como unidad. Tan distinto del segundo camino que podría ser casi su antítesis. Es parecido a una voz lejana o a un eco. Yuxtapuesto a lo propio. Adherido en ciertos puntos. Sin equivalencia material. Por eso el viajero cree que es uno. Sin embargo, hay indicios que señalan su duplicidad, el alejamiento de las dos partes, la ruptura. Esos síntomas el viajero los recibe con angustia, a través de sueños y preguntas que resuenan con una coda lúbrica y martilleante. A lo largo de la vida del viajero, el carácter doble del camino se va espesando, se tensa hasta quebrarse. La quiebra devuelve la longitud a la imagen del viajero, que asustado como un niño de cría ve cómo su vida ha sido vivida por un hilo en fuga que se pierde. Lo que le queda, entonces, es un silbido. Un perezoso sufrimiento de cobaya doméstica.

Laia López Manrique. Licenciada en Filosofía y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universitat de Barcelona. Ha publicado el poemario *Deriva* (Prensas Universitarias de Zaragoza, 2012) y ha participado en diversas antologías como *Voces nuevas XXII* (Torremozas, 2009), *Blanco nuclear* (Sial, 2011), *Mujeres que aman a mujeres* (Vitruvio, 2011) e *Hijas del pájaro de fuego* (Fin de viaje, 2012). Es directora y coeditora de la revista digital *Kokoro* <www.revistakokoro.com> y ha colaborado con artículos críticos y textos de creación en publicaciones como *Revista de Letras*, *Literaturas*, *Calidoscopio*, *Revista Kafka*, *Catálogos de Valverde-Cartoemas*, *Shangrila Textos Aparte*, *Paralelo Sur* y *Revista Détour*.

Irena Dubrovna

(i)
necesitaba tocar una sombra
como apremio del vacío
tras mis pasos
tocar
una corona amarilla
la mueca que secunda
el gesto inacabado de los dedos

*ahora entiendo
que el sueño
concibe
toda imposibilidad geométrica*

tocar
la inversión del mundo
la devastación
del lenguaje parco del sintagma

la correa animal
que anida
en este cuerpo
grácil
como un yugo

(ii)

me acerco
al rostro *noche*
de mis antepasados
a su ayuno
a la honda irrenunciable
de su miedo

soy una mujer que se abalanza
sobre la carne fibrosa
de la vida
la descorre y la tensa
con un ronco fruncido
de los dientes
como ellos la esculpieron
con un ronco fruncido
de la llave

(iii)

la locura de los otros en mí
simiente
rastrojo
que agrieta la impiedad
la vasta oración de quien procrea
conociendo
el límite



Caminito de la escuela, acrílico/papel, 80 × 120 cm, 2012



Sin salida, roller pen y marcador, 15 x 25 cm, 2012

*un pensamiento consistente como un bloque
de granito
la estirpe y la cal
sobre la lengua*

*y todas las palabras que aprendí
se parecen a la misma palabra
inmóvil
un bosque dormido
en el cuerpo que transmuta
su apariencia
salvaje
y canta:*

*dijeron que debía salir del sueño
entrar en la parcela
en la memoria
en el latido
hacer lo que los pájaros no harían
beber del sol
corona amarilla
rota
luz
desheredada*

(iv)
el día de mi muerte
volverá a ocurrir

circulará de nuevo
el caudal limpio de la sangre
entre los ojos

el cuerpo galería
desplomada
será cebo de pastores hambrientos
que observan
detrás de las rejas

cumplir un destino
será sentir
la expiración de una piedra
en el cuello
la matriz volcada a los pies
el radio descompuesto
de la vida
que miente una vez más
su interminable
rescate

Sofía Castañón

Guijón, 1983

Comunidad de expertos

No debería ser importante
conocer el nombre del árbol.
No para ti, para mí, o para
este poema.

El árbol debería estar y estar siempre
convenciéndonos con sus hojas
frente al aire, permanecer
porque este tronco mira hacia arriba.

No debería ser importante
que en mi casa lo llamemos *texu*
ni que a su alrededor crezca fértil
la leyenda, o la memoria.

No debería decir en estas líneas
el nombre del árbol, ni siquiera
que junto a él huele espesa
la flor de la mimosa.

Poderosamente llega febrero
y la tierra aún no ha tenido que guardarte.
La fortuna de tu cuerpo sigue aquí arriba
y este árbol de momento no tiene
ningún nombre.

Sofía Castañón. Filóloga. Trabaja como realizadora en la productora Señor Paraguas. Ha publicado los poemarios *Animales interiores* (Trabe, 2007, Premio Asturias Joven 2006), *Últimas cartas a Kansas* (La Bella Varsovia, 2008, Premio Pablo García Baena 2007), entre otros. Es autora también de los poemarios en asturiano *Tiempu de render* (Trabe, 2010, Premiu Nené Losada 2009) y *Destruimientu del xardín* (Hesperya, 2012). Ha sido becaria de creación del Ayuntamiento de Madrid en la Residencia de Estudiantes en el año 2009-2010. Es una de las poetas Voz + Joven 2010 de La Casa Encendida.

Las noticias de las 08.00

El mundo es muy exigente.

*No hay que perder de vista
a los chinos y los indios y los árabes,
porque son más productivos.
Trabajan y trabajan y no quieren
esos lujos nuestros. Vacaciones.
Tiempo.*

El mundo es ahora muy exigente
y Europa se rompió el otro día.

Mantenemos entonces los ojos
abiertos en la noche.

Y muy callados
escuchamos cómo producen
desde otra parte del mundo
la mejor parte del mundo.

Christine's world

Siempre fue el mundo de mamá.
A nadie más podría pertenecerle
una imagen tan injusta:
la infinita desproporción entre
obstáculo y patria.
Ni Sergio ni yo sabíamos quién era
Christine, menos aún que las piernas
no le servían. Aunque sí entendíamos
que estaba enferma.
Sólo los enfermos se quedan así de tristes,
incapaces de llegar a su casa.

Donde mi madre tenga una habitación
estará el cuadro. Yo ocupo en una suerte
de herencia momentánea su rincón antiguo.
En la pared sigue el cerco de la imagen que estuvo.
Yo me siento también contorno algunas veces.

Tendré que buscarme un cuadro.
Salgo a la calle. No digo patria.

Balzac y Tolstoi sentados

Le dice que las olas
son tantas. Enumera
las gaviotas que se acercaron
a morder la tarde.

Le dice qué colores
llevan las mujeres en la playa.
Cuántas sombrillas, cuántos
sombreros en las cabezas
importantes de qué hombres.

Inventario. Literatura.

Le responde que el mar
es grande.



Doppelgänger, acrílico/papel, 120 x 80 cm, 2012

Ben Clark

Ibiza, 1984

Hijos de la bonanza

«Hijos de la bonanza» nos llamaban:
los que no conocieron ni la hambruna
ni las agudas larvas de estridencia
chillando en el oído por las bombas.
Y cuando nuestras piernas, tan delgadas,
caían y sangraban porque el parque
era de un hormigón armado y frío,
se quedaban callados, observando
nuestro llanto con un gesto de sorna.

Debíamos vivir y dar las gracias
por la ocre rozadura en la garganta
que provocaba el aire al refugiarse.
Agradecer las flechas de las nubes
y que un fango lechoso a nuestros pies
—en un último gesto agonizante—
le mordiera las botas al progreso.
¿Y cómo agradecerles la alegría?
La risa provocada por los hombres
inocentes del mar
cuando se encaminaban hacia el río
dispuestos a bañarse entre excrementos.

Ben Clark. Ha publicado los libros *Los hijos de los hijos de la ira* (Hiperión, 2006, XXI Premio de Poesía Hiperión), *Cabotaje* (Delirio, 2008), *Memoria* (Huacanamó, 2009), *La mezcla confusa* (Universidad Popular José Hierro, 2011, VII Premio Joven Félix Grande), *Basura* (Delirio, 2011) y, junto a Andrés Catalán, *Mantener la cadena de frío* (Pre-Textos, 2012, IV Premio de Poesía Joven RNE). Durante 2004-2005 obtuvo una beca de creación en la Fundación Antonio Gala para jóvenes creadores. Fue editor invitado del número 164 de *Punto de partida* (noviembre-diciembre 2010) dedicado a los jóvenes poetas de Castilla y León, España.

También estaba el tedio
de tener que explicarles a los niños
palabras como pueblo indio, oso
pardo, ballena azul o lince ibérico.
Pero esto eran minucias, sacrificios
en nada comparables al sufrido
por aquellos que ahora nos decían
«hijos de nuestra sangre», tan severos.

Aunque, a veces, es cierto, no era fácil,
simplemente intentamos ir viviendo.
Haciendo caso omiso a los escrúpulos,
al vacío que moraba en nosotros,
hijos de la bonanza;
los hijos de los hijos de la ira,
herederos de todos los despojos.

Titanio

Para Chity Taboada, in memoriam

Porque fui de titanio puedo hablar
del óxido fecundo, puedo hablar
de las ramas, de sus frágiles
engaños
y del placer que regala la madera.
Porque fui de titanio dos años y tres días
puedo hablar de los deseos del frío,
de la quietud y el eco
de los polideportivos. Dos años
y tres días enteros sin llorar.
Metal.
Un tipo peligroso de titanio.



Playground love, still de animación, 5s, formato AVI, 2012

Apenas lo recuerdo;
biónico y feroz en la cafetería,
decía poco
y no escribía nada. Cómo no
envidiar hoy su estilo
de autor acorazado en la verdad
de los versos ligeros, irrompibles.
Lo recuerdo gris,
sin otro amor
que la certeza
vaga de ser un poco más humano;
recorría las grandes avenidas
como un cibernético
de absoluto presente.

Aleación ajeno a todo miedo,
hay días en que extraño su presencia.
Días como hoy.
Quebradizos martes,
sábados anodinos de escayola.
Hoy me faltas, mutante,
hoy te querría cerca, como un dios
del futuro que habita mi pasado:
sé que fuimos el mismo.
Sé que fuimos un solo corazón
aunque tú eras más fuerte.
No hubiera conocido
esta tarde tus lágrimas.
No.
Habrías caminado por esta tierra frágil
sin un solo suspiro de impotencia.
Porque tú eras el fuerte que yo fui.
Porque tú estabas hecho de titanio.

La hija que no ha nacido

*On her unborn, her name uncurling
Like a young fern within the mind.*

R. S. Thomas

Camino hoy asustado sobre sus huesos líquidos
aunque sé que no siente mis palabras
aunque sé que no se mancha con el barro de mis botas
ni sufre si tropiezo y caigo al suelo.
La hija que no ha nacido toma té
connmigo en nuestra casa
y hablamos de sus cosas de hija que no ha nacido:
del ínfimo holocausto de las tardes
de perfecto silencio en mi despacho;
del desierto sin mácula
que recorre la nevera;
del olor a sudor de los billetes
que guardo en el bolsillo pensando en un Bordeaux.

Son las cosas que a la hija le preocupan

y que me cuenta triste desde sus ojos de humo.
Yo no le digo nada y por la noche,
cuando por fin se duerme entre mis brazos,
agotada de no ser,
acuesto con cuidado
a la hija que no ha nacido
en su cama de sábanas blanquísimas
e imprimo un beso invisible
sobre su frente azul.
Tal vez mañana,
si llego y todavía sigue aquí,
me decida a despertarla.

Elena Medel

Córdoba, 1985

Árbol genealógico

Yo pertenezco a una raza de mujeres con el corazón biodegradable.

Cuando una de nosotras muere

exhiben su cadáver en los parques públicos, los niños se acercan para curiosear en su garganta de

hojalata, se celebran festines con moscas y gusanos, *me cae mal porque me hizo sonreír a mí, que soy tan triste.*

A los treinta días exactos de su muerte el cuerpo de esta extraordinaria raza

se autodestruye, y a las puertas de vuestras casas llaman los restos del alma de las mujeres sobrenaturales,

chocan contra vuestras paredes, sus empastes y sus uñas agujerean vuestras ventanas hasta que sangran nuestras aortas clavadas en la tierra, igual que las raíces.

Al morir nos abren el estómago, examinan con los dedos su interior, rebuscan entre las vísceras el mapa del tesoro,

sacan sus dedos negros de todos los poemas que se nos han quedado dentro con los años.

Un espectáculo.

Pertenezco a una raza desarrollada más allá de los pulpitos. Soy una de ellas porque mi corazón mancha al tomarlo entre las manos, porque coincide en tamaño con el hueco de un nicho; fresco y dulce como el de un animal, chupad mi corazón para que, al morir, sepan que hemos estado juntos.

Soy una de ellas porque mi corazón será abono. Porque mi sangre, que es la suya, sube y baja por mi cadáver como por escaleras mecánicas;

porque el fundamento de mi carácter, al descomponerse, se incorpora a una especie salvaje que ladra y que hiere y que te lleva a su terreno, que ignora las afrentas, que jamás se extinguirá.

Elena Medel. Ha publicado los poemarios *Mi primer bikini* (DVD, 2002) y *Tara* (DVD, 2006), así como los cuadernos *Vacaciones* (El Gaviero, 2004) y *Un soplo en el corazón* (4 de Agosto, 2007). Su obra ha sido parcialmente traducida al alemán, árabe, armenio, esloveno, euskera, inglés, italiano, polaco, portugués y sueco. Ha sido incluida en numerosas antologías. Junto con la también escritora Alejandra Vanessa coordina el proyecto de agitación cultural La Bella Varsovia, que comprende una editorial de poesía y una escuela de escritura creativa.

Estamos realizando obras en el exterior. No utilizar esta puerta excepto en caso de emergencia

Madurar

era esto:

no caer al suelo, chocar contra el suelo, contemplar el pudrirse de la piel
igual que un fruto antiguo.

Colchón justo para los dos; años que chocan la lengua contra los dientes una y otra vez que se
tambalean en la boca

años

del sentido incorrecto.

Con tres hilos de cabeza he tejido mi tiempo:

piensa en vosotros a mi edad, piensa en tres hilos de cabeza, qué te falta, qué te queda; piensa en
tres hilos. Quizá

eso, madurar:

quizá Ulises boca abajo, quizá la orilla boca arriba,

eso que queréis me esperará diez años. Pensad en diez caídas; pensad en

diez hilos de cabeza. ¿Aquello? ¿La madurez? ¿Márchate, olor a lavavajillas, déjame con mi sueño?

¿O quizá en la boca uvas para el postre del color

de la rodilla que cae al suelo,

de la rodilla que choca contra el suelo? Me tambaleo. Y era yo el zumo en la garganta, y era yo el
frío, era yo

las uñas y el estómago, quién era yo en mis años

con tres, en mi tiempo con diez hilos de cabeza. Hasta mi habitación

por la escalera de incendios un hombre

y su sentido contrario. Diez hilos de cabeza, veinte hilos de su pecho atados a mi pecho,

juro que amé
 los golpes de sus piernas. Digo que
 madurar era esto: que no pude negarme, digo que mis tres hilos de nada entre los dedos, y juré
 chocar y el suelo
 lo juré. Pensé al suelo la caída
 y el choque contra el suelo. Pensé el aliento pensé dije
 tres hilos de cabeza: tambaleo.
 Pensé en mi edad y pensé en vosotros y pensé
 que nadie me avisó de madurar así, junto a la vida y el frío en el cajón
 de la fruta que se pudre.



Street walkers, roller pen y marcador, 25 x 15 cm, 2012

Cumpleaños

Los hombres de la familia de mi madre mueren antes de los cuarenta años. Se equivocan al encauzar su vida. Cuenta atrás: frenan el cariño, los recuerdos, *no es posible echar de menos a quienes no conoces*. Altos, jóvenes, un golpe de viento los convierte en cadáver. ¿Cómo lo impedirás? Podrías velar la agonía de Juan Santiago, junto a sus cuatro hijos pequeños. Rezar durante el fusilamiento de Pedro Santiago, mientras sus huesos se funden con la tierra, 1938, Badajoz, cuerpo y origen. Acariciar la frente de Joaquín Santiago, pudriéndose en una cama con la espalda seca, dormido, sin cumplir veinte años.

Ella creció con un vestido negro atado a los tobillos, disfrazada de sombra para que nadie la viera. De nacer hombre, habría sido inútil decir, por ejemplo, *éste es mi hogar, aquí descansaré*.

Hoy celebro que Fernando Navarro cumple cuarenta y cinco años. Cuando le felicito, él toma aire y respira tan fuerte como si quisiera romperse los pulmones, acercarse a la norma; pero le tomo de la mano, sonreímos, celebramos todos sus recién estrenados cuarenta y cinco años.

Enterramos a su madre hace ocho días. Tengo diez años. Entonces bautizábamos estanterías, ignorantes de lo que nos esperaba.

Con los años pensé: *él no pasará de los cuarenta*. Yo leería en su entierro un poema sobre el campo, el sol, aquello que está arriba y es futuro. Y Ella encadenaría funerales funeral tras funeral; yo moriría a los treinta y Ella continuaría allí, llorándonos.

Tengo diez años. Me gusta dibujar princesas guapas, montes bíblicos, árboles genealógicos. *Te gusta almacenar memoria histórica. Y las cosas que te cuentan de pequeña no las olvidas nunca*. Pienso en lo que no compartiremos.

En la familia de mi madre los hombres no viven más de cuarenta años. A las mujeres nos crecen las líneas de la palma de las manos, por el brazo ascienden a plagarnos el rostro, de un vistazo proclaman nuestra edad, naturaleza abierta.

Recortarán nuestro corazón por la línea de puntos; lloraremos, antes de tiempo, a quienes deberían llorarnos a nosotras.

Y seremos huérfanas, viudas, preguntándonos cómo nombrarnos cuando nuestros hijos mueren, cómo llamarme ahora que estás muerta.

Unai Velasco

Barcelona, 1986

Gloria

Para Mario, aunque es de noche

Who ya gonna call?
Ray Parker Jr.

*Que canten y lean la Misa según el rito, el modo y
la norma que ahora transmitimos mediante este Misal.
Bula Quo Primum Tempore, Pío V*

Gloria a todas
las comunidades
de vecinos
de la ciudad
de Nueva York
y a sus
propietarios
que administran
inquilinos
y especialmente Gloria
sí Gloria
a vosotros
hombres de paz
que liberáis
este lugar
de presencias
supuestamente

reales
de fantasmas
de ectoplasmas
de figuras de incredulidad.

Por la inmensa facilidad para la palabra
vuestra pose
vuestras pintas
eclesiásticas
por todo eso

yo aseguro
que os hablamos
os decimos
abordamos
damos gracias
cantamos Gloria
para que hágase
vuestra legibilidad
hágase,
Señores, de uniforme beige
tirando a beige
clarito,
Oficiantes, de logotipo
bordado sin mucha
profesión,
Timadores
en el fondo
neumático
de la feliz ciencia descabellada,
lanzad
vuestras trampas
trazad el perímetro de seguridad
mantened el cielo libre de murmuración,

● de partida 45



Break up, still de animación, 5s, formato AVI, 2012

Peligrosa es la noche en la página 167

*Dieron las nueve, y Hans
aún no había llegado a casa.
H. Hesse, *Bajo las ruedas*
(Alianza, p. 167)*

Peligrosa es la noche en la página 167
si resulta
que es de día, y eso
tal vez no pase hasta el capítulo siguiente.

Si resulta que interrumpes con besos envasados
al vacío para el trabajo pero
resulta que, deja, aguanta, que se me está muriendo Hans
Giebenrath en estas últimas líneas.

Peligrosa es la noche para Hans
Giebenrath si decido
cerrar el volumen verde
porque es de noche y te dejaste la luz
del pasillo
encendida la muerte del joven Giebenrath
entre interruptores blancos y no quieres
llorar con grasa en los dedos tú buscas
lo lírico
en una lata de aceitunas.
Y resulta que a mí se me está muriendo Hans,
que Hans Giebenrath se muere ya
en la 166
y, oh, cuánta muerte manoseada y blancoamarilla
rugosa
y negra sin la dignidad
siquiera
de morir en cursiva, sin que yo le deje morir
en las páginas que Hermann planeó
figuras de plomo en aquél
todo a cien, su muerte
en ciento y pico páginas
interrumpida y peligrosa porque
llegas tarde a tus cosas y tengo la comida
enfriándose
en la mesa
como se está enfriando
en la alberca
el cuerpo frío de Hans Giebenrath
en la peligrosa página 167.

David Leo García

Málaga, 1988

1

Dígame un color. El verde. Otro. El verde.
Una parte de la casa. El aire.
Una pregunta. La pregunta. Un escritor.
El misterio. ¿Qué asocia con un pájaro?

El misterio. ¿Y con un pájaro?
La infancia. ¿Y con el césped?
La infancia. Dígame un color.
No lo sé. Un país. Casi todos.

Una enfermedad. Todas salvo la mía.
A qué ha venido aquí. Las... ya sabe,
las... qué le voy a decir, ya sabe,
lo de siempre.

Un instrumento de cuerda. El pentagrama.
Una parte del cuerpo. Los pulmones.
Una parte de la casa. El deterioro.
¿Un motivo para vivir? Alguno, el deseo.

¿Una enfermedad? La enfermedad.
¿Una cita célebre? “Claro que sí”.
¿Un motivo? Para morir. ¿Un motivo
para morir? Ninguno,
tal vez. El deseo.

David Leo García. Licenciado en Filología Hispánica. Actualmente estudia la especialidad de E/LE. A los 17 años obtuvo el Premio Hiperión por *Urbi et orbi* (Hiperión, 2006), convirtiéndose en el premiado más joven de su historia. También es autor de *Dime qué* (DVD, 2011, Premio Cáceres Patrimonio de la Humanidad). Ha publicado en algunas revistas y antologías, siendo las más recientes *La inteligencia y el hacha* (Visor, 2010), de Luis Antonio de Villena, y *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2011), de Luna Miguel. Sus libros han sido parcialmente traducidos al inglés, francés, italiano y portugués. Durante 2007-2008 disfrutó de una beca en la Fundación Antonio Gala de Córdoba. Ha participado en Cosmopoética (2009) y en la Semana Poética del Dickinson College de Pensilvania (2011), entre otros eventos literarios.

2

Disculpe me permite. Circule por allí. Vigila al niño. Aún no es temporada de cerezas. Te crees que todos somos como tú. No me apetece nada pero tampoco quiero quedarme aquí. No es posible no estaba preparado todavía. Me escuece un poco pero se me olvida. Tendría que venir tu amigo ese o aquella chica cómo se llamaba. Me gustaría probar no te lo recomiendo. Llamar a esto intimidad es muy exagerado. Cierra la puerta baja la música piensa en otra cosa. No existe todavía ningún remedio para la parálisis. Eres muy inocente si no fueras tan joven es demasiado tarde. Las cosas son así. No sé hablar de otro tema. El alma es inmortal. Toma una de éstas cada seis horas. Yo en tu lugar no le diría nada. Doradas ninfas de cabello graso. Su lento jugo el lúpulo destila. Aleluya. Ni de coña. John Keats murió a la edad de veinticinco años. Giacomo Leopardi moría entonces en Nápoles sin haber encontrado verdadera plenitud. Éste es un buen momento para comprar dólares. Confórmate con eso porque el mundo es muy grande. Ninguna novedad quizá mañana salga el sol. Prometo serte fiel. No tengas miedo.

6

“Tan sólo movimiento”

Amanece el movimiento. Él no ha dormido,
nosotros, sin embargo, son las once,

pupilas amoldándose a la luz,
pupilas donde caben los miembros de otro cuerpo. Tú

despiertas cuando digo: “¿Estás despierta?”,
pierdes una pestaña, en el interior del sol
va el día verdadero.

Tu pereza instalada en el ritmo de la vida,
la vida día a día hecha de sílabas (ten – go – sed)
y objetos en el suelo manchados de persona.

Pero hay que estar aquí, y aquí es moverse,
la vida que llevamos es eso, dijo alguno. El movimiento

agitado en su propia duración,
como si fuera más de tiempo que de espacio.

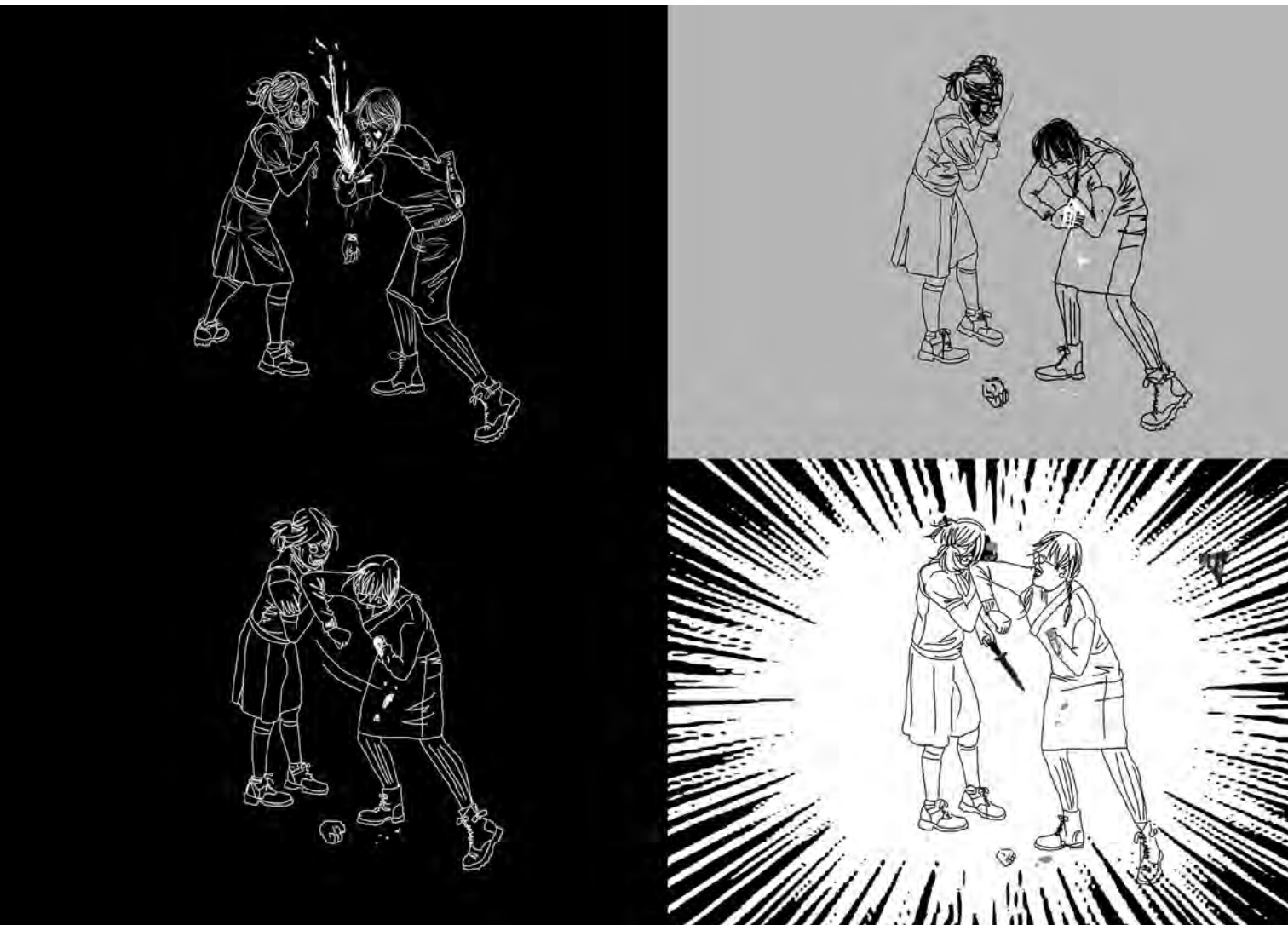
La acuarela de lo que te imaginas.
Los estados de ánimo
como una suma de velocidades

y este hablarse con siglas, V. E. A.
L. A. F. A. R. M. A.
C. I. A... Te leo

con la uña
las líneas de la mano,
vida sin fin o pentagrama de un aplauso

y el futuro nos abre un ventanal,
la transparencia de ser alguien. Tú,

desnuda,
como las novedades,
di S. E. D., di Y. A.,
di S. O. L., ¿lo ves? ¿A que parecen iniciales?



Retaliation, still de animación, 5s, formato AVI, 2012

Sara Gallardo

Ponferrada, 1989

Vegetaciones

Me quitaron las vegetaciones.
Así que con ocho o nueve años
me las tuve que arreglar
con mi nariz
para coger y expulsar
coger y expulsar
aire.
Guardaba soplos
en la boca del bolsillo
al dormir.
Pero sin ellos nunca aprendería
a respirar.
Años después,
me dijeron en el hospital
que no me preocupara:
fiebre del heno.
Me faltaba oxígeno:
los chopos, las moreras, los girasoles
que habían arrancado
de las fosas.

Sara Gallardo. Licenciada en Periodismo por la Universidad de Valladolid. Completó su formación con una beca Erasmus en la Universität Potsdam (Alemania). Ha publicado *Epidermia* (El Gaviero Ediciones, 2011) y forma parte de las antologías *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2011), *Cuaderno de vuelo* (edición digital, 2012) y *Erosionados* (Origami, en prensa). Ha sido parcialmente traducida al inglés por Fishhouse. Durante sus años vallisoletanos, formó parte del colectivo literario Colmo, organizador del Festival de la Palabra Versátiles, junto al profesor Javier García Rodríguez, y codirigió un programa de radio. Más información: <<http://retalesdetormenta.blogspot.com>>.

Estoy intentando escribir

Como quien deshoja o entra desorientado en algún sitio
y oscila,
intento escribir.

Es decir, doy vueltas sobre el eje de mi cuerpo.

Es como cuando siempre
se cuelan gorriones y palomas
en las abarrotadas estaciones y aeropuertos.

No sé por dónde.
Pendulan buscando escapando pendulan.

Me sorprende verlos en esa diminuta
inmensidad
y los pasajeros indolentes
preocupados por sus propias puertas de embarque
algunos, también por su miedo a volar.

Pero, sobre todo, más que nada, me sorprende
la manera vacilante que tienen los cuerpos pájaro
de intentar escapar

ascendiendo.

Curar algo

Las plumas mojadas de las cigüeñas
avisan
del invierno de marzo.

Las griposas soledades del pecho.

Las manos de piel de lija
acariciando fríamente el frío.

La gripe, la afonía, la tos,
el crotoreo, los saxos.
El humor transparente
granulado
de paracetamol.

Ramblas de agua y plumas y saliva

Tiritas para el frío
e hilos sueltos para cubrir la sangre viscosa
del astro que anida sobre tejados y nubes rojas sobre bailarinas enfermas.
Antenas parabólicas sobre las que las cigüeñas ven desaparecer el sonido
borroso del sol y del día. Los colores escuálidos de la tarde se hunden
tristes como voces de Edith Piaf de Sam Cooke de Nina Simone sobre el
aire del agua. La sangre aparenta cansancio la luz roja antros que madrugan
sombras desabridas.

Alberto Guirao

Madrid, 1989

Contemporáneos

He visto hurtadas por los portátiles
algunas de las mentes más brillantes de mi generación.
En sus miradas, acorraladas de vértigo, vibraban las sustancias
de sempiternas creaciones: revoluciones en ciernes
apuntaladas a ese noventa por ciento de baldía maraña sináptica
con objetos aparentemente inofensivos, a saber:
mandos a distancia, electorales papelillos,
píxeles y ábsides y demás microorganismos.

La gruta, la ciudad (este subterfugio
en el que delegan una abdicación cromosómica
jamás consagrada con la expiación de sus pulsiones)
ha dejado en ellos estos días
un estancado glaciar en las gargantas. Las úlceras
son inquilinos autóctonos
de aguada sangre trémula
en sus bocas y el olor a derrumbe fija
la cal del suministro en el chicle o el lavabo.

Mis coetáneos
parapetados en las farmacias (estancado el wc)
estudian la descomposición de la mierda,
su salud paupérrima,
los solitarios paseos, la ropa mojada,

el frío de las columnas, la propia pérdida,
 el añusgarse con la nada, la aceptada
 degeneración, lenguas ajenas, coños ajenos,
 drogas, luces, porciones de amor, ...

Anoche, en el parking —música
 en las tibiezas— se sentó uno a mi lado, uno
 de esos coetáneos de los que hablo:
 escupió a las piernas de la hierba, insultó a los próceres
 y dijo tristemente *levantarse en una cama*
y tardar en ubicarse. Levantarse en una cama
y no encontrarse con nadie... no sé ni cómo nací.



Callejeras, roller pen y marcador, 25 × 15 cm, 2012

Alberto Guirao. Licenciado en Periodismo, ha estudiado en universidades de Getafe, Sevilla y Roma, y ha trabajado como becario en medios de comunicación. Es autor del poemario *Ascensores* (Premio Marcos R. Pavón del Centro de Poesía José Hierro, 2010); su obra ha aparecido en la antología *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2011) y en las revistas de creación literaria *Cuadernos del matemático*, *Generación espontánea* y *Seconal*. Durante los últimos años ha obtenido premios como poeta y narrador. Asimismo, ha participado en numerosos recitales de poesía, individuales y colectivos, algunos de ellos como miembro de la Red de Arte Joven de la Comunidad de Madrid.

El chucho megalítico lamenta su orfandad en la puerta de la oficina de correos

Clavan, clavan, clavan... El clavicordio
es peligroso si siembra maculado. Clavan...

Sólo le dieron tres días, ¡Qué escándalo! Se lo comunicaron y adiós.

El último, ¿Quién es? (Al rasurado el pecho le tatúan a la CHIQUILLA sus ojos tras un vitral. Un vitral metazóico es azogue que hostiga felices vaticinios. La CHIQUILLA, su sobre, sus ojos... los devora el CHAVAL OBLICUO con sus alergias a la transubstanciación y al damero de la oficina de correos, desangelado)

Clavan, clavan, clavan... (invoca el LOCO) Clavan, clavan...

(Zumbando paneles y el clac, clac, desde el mostrador de músculos-matasé-llicos)

¡Qué comedia! Enfermo el mundo y nosotros gestionando aquí la espera. ¡Calla, calla!

(Desoyen al perro megalítico, a su cadencia, los HOMBRETONES. Resisten, lata en mano, las torpezas de su orquesta: inadvertidos infartos, despeñamientos, se reajustan malversando las asitas de la oficina de correos y se aprietan, para disimular las cabezas de albarrada, las boinas)

¡Nene, nene! ¡El guau-guau! ¡Mira el guau-guau!

¿Dices nene? No es tu padre, ¡Mira el guau-guau!

Esa baba no es alcohólica, mueve el rabo, dile hola. ¡Nene, nene!

(Insufla el chucho megalítico, a la entrada, las arterias de la MUJER del cochecito-atropella-gorriones. Se le conmueve un descolche a la MUJER en lo más hondo del vientre, recuerda qué sabemos que de la ausencia y el llanto y el

abandono). Clavan, clavan, clavan... El último, ¿Quién es? El 23, ¿Quién es el 123?

(Un clamor entre el polvo le dilata al CHAVAL OBLICUO la lengua hacia el lóbulo de la CHIQUILLA desasosegada. Se estremece, oblicuo, el chaval) Eres tú, ¿eres tú el 123? ¿Te toca? No. Yo estoy por él. Aquel chucho megalítico me lo asustaron mis padres y robaron y entrenaron y yo lo acaricio por la noche con mi uña empapada en vino semántico. (El CHAVAL OBLICUO huele el gobierno de su naturaleza y piensa también:) ¿tendrá las manos frías, la chiquilla? (Lo piensa y se persigue el escroto con los dedos)

Clavan, clavan, clavan (grita el loco). Oiga, oiga, oiga, no me embosque al nene (la MUJER del) no me lo fulmine (cohecito-atropella-gorriones) con su encanto deletéreo.

Sólo le dieron tres días, y adiós, y adiós, y hasta nunca.

Ya pasará. ¿Qué serán cien años? Rimero de pelusas contra los rodapiés, arrancar posiciones y exactas horas como cuando, pequeños, el palo de nácar soldaba espacio y tiempo en las verjas del convento, camino de la escuela. (Esgrime una sonrisa y se le apean los dientes). Pero eso no lo vive nadie, ni tú, ni yo, ni ese loco, ni ese nene del carrito-atropella-gorriones que en sus ruedas cercena los cuerpecitos de seda y estruja luego los piquitos por la calle. No, *cien años no los vive nadie. ¡El 123! ¡¿Quién es el 123?!*

Cristian Alcaraz

Málaga, 1990

He salido de mamá

he salido de mamá
y ahora me vuelvo hacia ella
porque fuera hace frío
hay palabras
me cortan los dedos en el parque
me quitan los ojos los hijos del mar
y escuece
mamá no me preguntó nunca
si de verdad quería llegar a salir del preservativo
—máxima duración mínimo el precio—
chocarme con las dudas como muros
le reprocho la falta de información
y la carencia de planes de futuro
la vida fuera de ella
es diferente:
la gravedad los trozos de piel en las aceras
los corazones podridos del subsuelo

Cristian Alcaraz. Estudia Filología Hispánica y Dirección y Dramaturgia en la ESAD (Málaga). Ha publicado los poemarios *Turismo de interior* (La Bella Varsovia, 2010, III Premio de Poesía Joven Pablo García Baena) y *La orientación de las hormigas* (Renacimiento, 2013, Premio Andalucía Joven Desencaja). Fue seleccionado en la modalidad de artes visuales en el certamen Málaga Crea 2012 e invitado a diversos festivales como Cosmopoética: Poetas del mundo en Córdoba. Su trabajo ha sido publicado en diferentes revistas digitales y antologías como *La dulce Vita. Poesía y Cine* (Dip. Prov. de Málaga, 2010) o *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2011).

Iniciando sesión

a veces internet me quiere
y confío en esos nicks
que esperan conocerme y desnudarme
que buscan un beso un píxel dramático

emocional sexualmente activo 18 años

y yo me dejo querer tras la pantalla
nombres como_

_caliente

_rojo

_gato

_medesplazo

de todas las edades
dentro de la órbita eléctrica de todas
las habitaciones programadas
un día me dijo
y yo busco en la conexión
lo que me falta en la cocina:
promesas
expectación
aplausos

a todos los amantes

bienvenidos a mi sistema operativo

Niño pájaro

Yo, que nunca he dormido,
describo versos y ciudades bajo el edredón. Pienso
en Dios con un hacha
cada vez que me desnudo ante esos hombres.
Hipócrita como soy
no merezco el cielo de la boca. No merezco
paisaje azul; ni gris tampoco.

Yo, niño pájaro,
el origen de la fuerza y de la envidia, de la certeza cruel
y de las llaves,
soporto a medias esta soledad.

Yo, que nunca he despegado,
encuentro en la altura una forma de refugio
de la que no participo.

No he luchado nunca por quedarme.
Solo he deseado volar
en mil pedazos.

De *La orientación de las hormigas*



Indocumentado*

Édgar Omar Avilés

S alí de Tepalcatepec, mi pueblo natal, porque buscaba ser alguien; estaba decidido a cruzar la frontera. El pollero me arrancó mil doscientos dólares, fruto de la venta de un terreno, todo mi patrimonio. Desde ese momento mis únicas pertenencias serían mis sueños y unas fotografías de los que quiero, o quería, fajadas a la cintura.

—Buen negocio, vato, allá sacarás cien veces más —guardó el dinero en su cartera.

Fueron casi treintaiséis horas de ajeteo en el camión de redilas, amontonado con una veintena de hombres y mujeres también llenos de ilusiones, hasta llegar a Cananea, Sonora. Luego, guiados por el pollero, caminamos en fila india entre cerros y escampados, parte del día y toda la noche, y dimos con el alambrado que marcaba la frontera con Arizona, Estados Unidos. Entonces nos señaló un agujero y dijo:

—Aquí acaba lo mío. ¡Córranle con todo!, que si no, me los matan, y lo peor es que después deportan el cuerpo.

Así lo hice.

Primero escuché una camioneta, luego gritos. Después disparos, ladridos, llantos, pero yo corría sin voltear atrás. Caí inconsciente.

Cuando desperté, el sol estaba por salir y yo, casi a la puerta de una cantina. Al parecer nadie había reparado en mi persona.

—Oiga, me da una cerveza —le dije al cantinero.

—¿Traes papeles?

—No, ¿de qué chingados los necesito para un trago? —a mi alrededor todos empezaron a reír.

—Si no me muestras documentos, ni la hora te puedo dar, ése. ¡Lárgate!

Me sacaron entre cuatro.

Seguí el camino marcado a fuerza de pasos. Comía la hierba que encontraba, tal como me lo dijo un primo. Después de varias horas llegué a lo que parecía la civilización, quizás un poblado nuevo en Arizona.

—¿En dónde puedo conseguir trabajo? —pregunté a alguien que escuché hablar en español.

—¿Trae papeles?

Negué con la cabeza. Se marchó indiferente.

* Cuento ganador del Premio Binacional México-Québec 2003 de cuento de inmigrantes.



Las salvajes (detalle superior), de la serie *Las princesas guerreras*, monotipo, 120 × 80 cm, 2012

Todo el día intenté que alguien me diera algún dato, al menos el nombre del lugar. Pero nada, siempre me exigían papeles. Seguí sin rumbo, caminando nomás por caminar. Quise pedir limosna, pero me hacían la misma pregunta antes de soltarme alguna moneda. De todos modos, nadie hubiera querido venderme nada. Aplacaba el hambre robando panes y frutas.

¿Dónde están los miles de indocumentados que se supone viven de este lado?, me preguntaba a cada rato. Después de un mes, luego de pasar por algunos poblados que eran siempre iguales, un viejo tocó mi hombro. Le pregunté:

—¿Traes papeles?

—No, pero tú tampoco —contestó aquella voz cansada.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—No lo recuerdo —agachó la mirada—, sólo sé que llevo años en busca de algo.

—Qué mal —dije.

—¿Tienes fotos? —preguntó en medio de un suspiro.

—Sí.

Y me disponía a mostrárselas cuando se abalanzó con una piedra. Me golpeó en la frente. Semiinconsciente vi cómo me robaba mis fotos. Su semblante se descompuso de felicidad.

Empecé a olvidar cosas básicas. El nombre de mi madre: ¿Ana, Guadalupe, María?; el de mis hermanos; el de mi novia. Y después, el mío. Así que decidí llamarme “Yo”.

La barba crecida. La ropa deshilachada. El semblante miserable.

Pasé tres o cuatro meses vagabundeando de un poblado a otro. Y en la desesperación, preguntaba:

—¿Es de día o de noche señorita, señor, niño?

Pero ya no me pedían papeles, simplemente no me respondían.

—¿Qué es pisar algodón?, ¿qué es algodón? ¡Quién es Yo! —grité en una plaza frustrado por un recuerdo añejo. Pero callé rápidamente por miedo a que me llevarán los de la... MIFA, MIJA, MIGLA... o algo por el estilo. Sin embargo, no hubo quien se perturbara por mis gritos; ni las palomas volaron. Me desnudé y oriné frente a todos; nadie se molestó ni dijo nada.

Me senté entonces a llorar sueños y miedos para reunir los pocos trozos que me quedaban de mí. Después corrí directo a un pequeño supermercado. El de seguridad

no me sacó. Busqué un espejo y vi que no me reflejaba. Eso significaba poco, en los últimos días me costaba mucho trabajo reconocermé.

Rondé cada vez más confundido durante semanas, meses, ¿años?, siendo nadie, siendo nada. No sabía qué chingados ocurría. Fue cuando caminaba por una carretera que un muchacho tocó mi hombro. Yo volteé para preguntarle:

—¿Tienes papuchos?, ¿papérez?, ¿pape...? ¡Eso!

Él me vio con una mirada larguísima y dijo:

—Perdiste o te robaron tus fotos, ¿verdad?

—Fo-fotos, s-sí, creo que algo parecido.

—Pues recupéralas o consigue otras —dijo en un susurro mientras me apuntaba con el índice. Comenzó a marcharse.

No aguanté el estrés, la melancolía, el odio o algo así. Y le lancé un puñetazo con un clavo de vía de tren que siempre cargaba. Se retorció y quedó inmóvil. Le arranqué sus fotos.

Con el paso de los días noté en charcos y espejos que recuperaba mi reflejo. Pero ahora era joven, distinto. La gente volvió a verme con repugnancia y a preguntarme por mis papeles.

Soporté algunos meses más recorriendo poblados que me parecían siempre el mismo. Mis ideas se aclararon y busqué comprobar una teoría. Di por hecho que nadie se atrevería a andar sin documentos; era cuestión de esperar a que alguien se descuidara: lo maté de forma rápida. Tomé sus papeles. En éstos se certificaba que era un ingeniero. Escondí su cuerpo bajo unos periódicos y me dirigí a la plaza.

—¿Podría darme la hora? —pregunté a una elegante mujer.

—Claro, son las 6:30 —me respondió sonriendo.

En ocasiones hay quien se confunde y no sabe si soy el muchacho o el ingeniero. Ahora el desconcierto es tal que empiezo a dudar de si la familia a la que mando dinero es la mía. Ellos siempre me dan las gracias y me llaman “hijo”.

No me fue difícil encontrar empleo en una trasnacional. Después me casé y ahora mi esposa y yo esperamos a nuestro segundo hijo. Ellos nunca sabrán nada sobre mi pasado.

Físicamente soy el muchacho —ahora adulto— de las fotos, en conocimientos y en los registros oficiales soy el ingeniero de los documentos y en alma soy el pueblerino de Tepalcatepec. Todo está bien: he logrado ser alguien... Sólo me consterna no saber, en realidad, de quién de los tres es la historia que les acabo de contar. 

Édgar Omar Avilés (Morelia, 1980). Licenciado en Comunicación por la UAM-X y maestro en Filosofía de la Cultura por la UMSNH. Cursó un diplomado en la Escuela de Escritores (Sogem). Ha ganado los premios de Cuento Breve de *Punto de partida* 2002, el Binafional de Cuento México-Québec 2003, y el Magdalena Mondragón 2006, entre otros. Es autor de los libros de cuentos *La noche es luz de un sol negro* (Ficticia, 2007, mención honorífica en el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez 2004), *Luna Cinema* (Tierra Adentro, 2010, Premio Nacional de Cuento de Bellas Artes San Luis Potosí 2008), *Embrujadero* (Secretaría Michoacana de Cultura, 2010, Premio Michoacán de Cuento Xavier Vargas Pardo 2010) y *Cabalgata en duermevela* (Tierra Adentro, 2011, Premio Nacional de Cuento Joven Comala 2011); de la novela *Guiichi* (Progreso, 2008) y del ensayo *La valística de la realidad* (Secretaría Michoacana de Cultura, 2012, Premio de Ensayo María Zambrano 2012). Su trabajo ha sido seleccionado en varias antologías, entre ellas las ediciones 2004 y 2005 de *Los mejores cuentos mexicanos* (Joaquín Mortiz). Fue becario de Jóvenes Creadores del Fonca 2009-2010 (en cuento) y 2011-2012 (en novela).

Jacques Dupin por Iván Salinas*

Eduardo Uribe

Cuando leemos una traducción de lo que cada uno de nosotros podría llamar literatura, comúnmente olvidamos que leemos una traducción, entonces hablamos de obras y autores, y hacemos de lado la obviedad de que leemos su traducción. El papel del traductor queda en un segundo plano, y por ello no me refiero al reconocimiento que éste pudiera tener, a las regalías que podría recibir por su trabajo (como a bien ocurre en Francia), al crédito que se le otorga o no en cualquier parte de un libro... Pienso que, más allá del estatus, lo importante es el trabajo mismo del traductor. Una crítica de la traducción, si tiene algo de seriedad, debe buscar las herramientas del traductor, sus modos de hacer, sus formas de poner en movimiento un discurso literario, y entonces, quizá, se pueda ver el papel de una traducción en los intercambios culturales y, en lo que aquí concierne, en el hecho de la literatura, y de manera más precisa y arriesgada, en el hecho de la poesía.

A final de cuentas, a partir de la traducción se puede encontrar al traductor, su lectura, su forma de trabajar el lenguaje, e incluso algunas de sus nociones sobre el lenguaje y la lengua. Así que a partir de ahora hablaré de Jacques Dupin, de Iván Salinas, y del Jacques Dupin de Iván Salinas, a riesgo de confundirme yo mismo. Una primera labor de Iván Salinas consistió en escoger, en definir una serie de textos, entre la obra plural de Dupin, para formar esta antología. Desde allí, la

* Texto leído en la presentación de *El sendero frugal. Antología 1963-2000* (selección, traducción y epílogo de Iván Salinas, Hotel Ambosmundos/Secretaría de Cultura de Puebla, 2010), el 28 de junio de 2012 en la Casa de Francia.



Manitas sudadas, acrílico/papel, 80 × 120 cm, 2012



Las salvajes (detalle inferior), de la serie *Las princesas guerreras*, monotipo, 120 × 80 cm, 2012

apuesta de Salinas es presentar a Dupin como poeta. Este proyecto es también la muestra más generosa que se tiene de Dupin en español. Y no es casual. Me aventuraría a decir que, con todo, la literatura francesa es una de las más traducidas al español, incluso la llamada poesía, en cualquiera de los países hispanohablantes. Sin embargo, la supuesta abundancia no garantiza que se traduzca jamás una muestra lo suficientemente representativa de una literatura tan fuerte como la francesa; tampoco garantiza, como sucede en la realidad del mercado, que se traduzcan obras de valor. Además, Jacques Dupin es uno de esos que podría llamarse poeta difícil. En ese sentido, el proyecto de Salinas rebasa de una zancada obstáculos como el de la imposibilidad de la traducción de poesía, o el de las dificultades editoriales para la poesía, al hacer posible la publicación de un libro de poemas traducidos. Con esto, Salinas introduce un elemento nuevo en el ámbito hispánico.

Hay otra apuesta, con su obstáculo incluido, que no debería subestimarse. Dupin es un poeta contemporáneo, y traducirlo es quizá también una lectura que Salinas hace del presente de la literatura francesa. En qué detenerse, en qué reconocer un valor, en qué ponerse a trabajar son preguntas vitales, me parece, para un traductor como Salinas. La publicación de *El sendero frugal* no es sino la muestra de una larga y detenida relación con la Francia contemporánea.

Es interesante —aunque no sé si representativo— ver que para el Dupin poeta de Salinas hay una inclina-

ción hacia la reflexión de la escritura, o mejor dicho, en el Dupin que Salinas nos presenta aparece constantemente el acto de escribir como motivo de la escritura. Podría decirse que este motivo literario —que lo es— se resume en términos corrientes como “el miedo a la página en blanco”. Son varios los momentos en que puede rastrearse este acto definido por el terror, el horror de escribir. Curiosamente, a mi parecer, más que una reflexión general sobre la escritura, es un retrato de Dupin y de su relación particular con la escritura. Hay, incluso, una especie de poética, “Fragmos”, en que el verbo en infinitivo “escribir” funciona como un estribillo que es, a su vez, un punto de partida, un motivo, la descripción de un acto e incluso una declaración de principios. El problema de partir del “miedo a la página en blanco” —motivo romántico que, por ejemplo, no se planteaban los clásicos— es que se parte de un ideal: el del poema como algo concebido que sólo debe verse o traducirse en escritura, y no como algo por hacer. De allí que también su lenguaje tenga que ajustarse a los parámetros de logro o fracaso, de posibilidad e imposibilidad, casi siempre con una dosis de pesimismo.

Hay en Dupin también una forma de pensar en la poesía a partir de Mallarmé. Tanto por sus procedimientos de composición como por algunas frases de Mallarmé que se toman como motivos o temas de poemas. Por ejemplo, la forma de trabajar la sugerencia, la alusión. O esa cita de que “la obra pura implica la desaparición elocutoria del poeta, quien cede la iniciativa a las palabras”.

De estas premisas parten cierta forma de composición y ciertos motivos de la poesía de Dupin. Hay una preferencia por ciertas formas verbales despersonalizadas, como el gerundio o el infinitivo, que permiten a Dupin desarrollar acciones sin sujeto gramatical —lo cual, jugada del lenguaje, no quiere decir ausencia del sujeto del discurso—. Es esa forma de pensar la ausencia y la desaparición del poeta la que en ocasiones también lleva a Dupin a jugar con las palabras, con el orden de las frases, y a poner en ello su apuesta poética.

Fuera de la imposibilidad o del miedo de escribir, otros poemas de Dupin trabajan el desconcierto. Entre ellos está “El arnés”:

El manantial donde nos bañábamos los ojos
En lugar de secarse, se agriaba.

Llevo su sajadura en el rostro,
El reflejo que desconcierta.

Desde que en él cualquier flor
Te oprime, luz, hermética luz.

Al brusco asentamiento del cuerpo, de la voz,
Responde, húmeda todavía, la hierba de un rostro
Cuya oscuridad se desgarra.

Mi pie se arquea lentamente
Como el mar

Antes de retomar el sendero,
La milenaria estrofa,
El sol creciente.

Partir de una situación y hablar con un tono impersonal, en un diálogo semejado, o en la ilusión de un diálogo creado con un tú, o con la naturaleza, no es sino una forma indirecta de hablar consigo. La emoción apenas está dibujada y la alegoría se trabaja a detalle: el camino que se sigue y se retoma, como una estrofa que existe por sus interrupciones y que supone un antes y un después.

Hay también una forma de composición muy distinta que quizá se acercaría a lo que se conoce como un poema lírico que se manifiesta más sólidamente en el Dupin tardío. Un texto como “Ovillado” es una memoria lírica, donde la voz inventa un relato y su propia memoria. Es curioso escuchar aquí el fraseo, es decir, la continuidad de la frase, menos interrumpida o entrecortada que en otros textos y, por mucho, más personal (es, me parece, incluso un texto biográfico).

Estos son algunos de los rasgos del Dupin de Salinas, es decir, de los trazos que Salinas como traductor ha hecho para retratar a Dupin con color hispánico. ❶

Eduardo Uribe (Ciudad de México, 1980). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM, y la maestría en Traducción en El Colegio de México. Ha publicado el volumen de cuentos *Infiernos particulares* (Ediciones de Punto de Partida, 2008), además de ensayos y poemas en periódicos, revistas, antologías y sitios de Internet. Desde 2007 ha traducido textos de Charles Baudelaire, Philippe Jaccottet y, entre otros, Henri Meschonnic. Ha sido traductor para algunas revistas de El Colegio de México y para algunas empresas multinacionales —en las cuales también ha sido profesor de español como lengua extranjera— y becario del Programa de Jóvenes Creadores de México en dos ocasiones, y del Colegio Internacional de los Traductores Literarios de Arles, Francia, en otoño de 2011.

De *El sendero frugal*. Antología 1963-2000*

Poemas de Jacques Dupin traducidos por Iván Salinas

EN LA ESPERA en voz baja
De algo terrible y simple
—Como la cosecha del relámpago
O el descenso de los escombros...

Es la proximidad del cielo intacto
Lo que crea la delgadez de los rebaños,
Y este afloramiento de la roca ardiente,
Y el retoño de los olores de la montaña sin flores...

Cimas de viento y de hambruna,
Motete insípido, furor de los regresos,
Me asusta menos una decadencia que me merezco
Que esta inmunidad
Que me traba entre sus rayos.

Tierra prometida, tierra del desmoronamiento,
A pesar de las columnas, a pesar del tambor.

* Selección, traducción y epílogo de Iván Salinas, Hotel Ambosmundos/Secretaría de Cultura de Puebla, 2010.

EL RUIDO DEL AGUA, MÁS ABAJO, transporta nítidos escombros...

En este olvido —incubando la muerte como una piedra,
atento a este tiritar entre la hierba—, como una piedra —a la
cercanía del olor del agua—, al titilar de los signos en la
profusión de las cenizas...

De pronto hundirme: en una santidad de aire dudoso.
Las ventanas vacantes, obstruidas. El cielo muerto.

La escritura se atiborra de perfumes que la descomponen.
La luz se abre, como un higo maduro, una llaga negra...

EN LA DISTANCIA
bajo los abonos de la angustia
salpica el temor

que nada tiene ya sino palabras
y cuchillos

para calibrar el dolor

escribo cuando —
con un desgajamiento en la hora

se adulteran la lengua y el azul
con el acre estremecimiento

de la axila
de las madres

—donde crepitan las moscas de fuego

OBESO. SUBTERRÁNEO. Vasta Edad. Apoyado en su caña, tendón desgarrado, cadera en carne viva. Cojeando, zigzagueante, tropezando, sofrenado por la pesadez de los venenos inyectados que se niegan a diluirse. El ojo fijo en la tierra entreabierta, yendo menos lejos, todavía menos. Por el macizo de un sueño dislocante. Cada instante titubea en las calles, en las flores. En la nieve. Persecución que destroza, visión que petrifica. Aquellos que lo cruzan dicen: lo arrastran, lo jalan... Deslizamiento de una afilada hoja de sueño entre las vértebras y el tiempo.

El tiempo. El tiempo lo enreda entre sus patas, en su aliento, entre sus garras de violín, de viejo león emasculado. Que respira el tufo de olores ácidos que lo anula sin aniquilarlo. Que le reemplaza una piedra, un líquen. Sembrando la esterilidad en el verde improbable de la boca escribiente...

Acto de incertidumbre. Y el fuego acabaría por rehacerse en el fondo de su hermético ovillarse, de su masacre tizoneada a muerte. Ocuparía la mesa. Y volvería yo bajo tierra, de donde nunca he salido. Una calcárea infancia bajo la pizarra antigua.

Jacques Dupin (Privas, 1927-París, 2012). Ha publicado a lo largo de sesenta años una extensa obra poética y de crítica de arte. Con una veintena de libros en editoriales como Gallimard, Fata Morgana, Seghers y P.O.L., ha obtenido por su obra el Premio Nacional de Poesía (1988) y el de la Academia Francesa (2010). Sus poemas han sido traducidos a varias lenguas por escritores de la talla de Paul Auster (al inglés) y de Paul Celan (al alemán), entre otros, y han sido publicados en libros de arte ilustrados por autores como Alechinsky, Miró, Tal Coat y Riopelle, por citar unos cuantos. Es considerado uno de los poetas franceses más importantes de la segunda mitad del siglo XX. *El sendero frugal* es la primera muestra extensa de su obra en español.

Iván Salinas (Ciudad de México, 1977). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM, y actualmente cursa un doctorado en Literatura Comparada en la Sorbonne Nouvelle-Paris 3. Varios poemas y relatos suyos han aparecido en medios impresos y electrónicos en México, Francia, España y Argentina. Del francés ha traducido distintos autores publicados en revistas y libros, entre los que sobresalen J.-M. G. Le Clézio, H. Michaux, V. Larbaud, J. Echenoz y J.-Ph. Toussaint. Recién apareció en el FCE el libro *Escarificaciones*, con poemas y fotos de Ivan Alechine y obra de Francisco Toledo. En 2013 traducirá *El Prometeo encadenado* del Nobel André Gide, una antología de relatos del suizo Charles-Ferdinand Ramuz y *El post-exotismo en diez lecciones* de Antoine Volodine. Es director del *dossier* de literatura bilingüe franco-español *Hispanophonies/Hispanofonías*.

El cobre

Rogelio Pineda Rojas

Escuché sus pasos tintinear como monedas cayendo sobre el piso.

—Ven, Jorge, ayúdame —dijo mi tío Luis al sentarse a la mesa y poner encima su caguama.

Saqué de debajo del colchón el par de charrascas con las que pelábamos el cable que él acumulaba en casa de mi abuela Lila, para después vender el cobre limpio en el depósito de chatarra al otro lado de la colonia. Las charrascas eran unas navajas hechizas que, en lugar de mango, tenían cinta aislante para facilitar su manejo sin cortarnos. En la cárcel, mi tío había fabricado decenas afilando con una piedra trozos de los flejes metálicos de su catre.

Después de darle un trago a la caguama se arremangó la camisola y comenzó a deslizar la charrasca resplandeciente por las vainas multicolores.

—Hoy sí sacamos para tus chuchulucos, niño —y lanzó una risotada desde el fondo de esa barba que reverdecía en el mentón al ser regada con cerveza.

Mi tío había juntado una buena cantidad de cable. Tanto, que la casa de Lila era un gigantesco nido. Incluso la noche anterior yo había despertado con gusanillos de cobre y plástico insertados en mi short de dormir.

Motivado, apliqué más fuerza a la charrasca para descubrir pronto el tesoro oculto bajo la piel de los cables. Algunos estaban carbonizados. Mi tío aseguraba que la

La trágica Blanca Nieves, de la serie *Las princesas guerreras*, monotipo, 95 x 75 cm, 2012





El salto del tigre, acrílico/papel, 80 × 120 cm, 2012

electricidad, ansiosa e incontrolable, derretía el plástico. Llegué a pensar que una persona era capaz de achicharrarse cuando se alteraba de los nervios y quedaba igual que esa fritura.

Lila preparó ejotes con huevo y nos sirvió dos cucharadones a cada quien. Miré el plato. La panza me gruñó, pero no tomé el tenedor para probarlos. Mi tío siguió bebiendo sin ni siquiera ver el guisado.

—Ya no tomes tanto, hijo, ya ves que estás malo.

—Shh, má... No ves que estamos chambeando.

Me miró con sus ojos aceitunados. Yo miré melindroso el plato de ejotes.

—Pues ay de ti —recreminó ella, yéndose con la comida.

—En un rato hasta carne compramos, ¿verdad, Jorge?

¿Qué enfermedad tendrá mi tío?, pensé, si nunca lo veía quejarse de nada. Ni cuando, después de repararlo tres veces, le sobraron partes de mi coche de pilas. Lo armó una y otra vez hasta dejarlo como nuevo. Ni cuando se excedía de cervezas y en su tambaleo, al salir de casa de mi abuela, lo arañaba el rosál.

Retacamos de cobre el morral en el que cargaba su herramienta. El resto del tesoro lo metí a una bolsa de plástico. Guardé la charrasca bajo el colchón. Salimos.

Una calandria de plumas despeinadas en el cogote trinaba desde su jaula en el patio.

—No tarden —se despidió Lila por la ventana, de la que pendían flecos de hierbabuena. A pleno sol, dos ra-

Rogelio Pineda Rojas (Ciudad de México, 1980). Licenciado en Comunicación por la UNAM. Cursó el diplomado en Creación Literaria de la Sogem. Sus cuentos y artículos han aparecido en las revistas *Opción*, *Gastronómica de México*, *El perro y Hermano Cerdo*. Forma parte de la antología *Vuelve a mirar los arduos borradores* (Porrúa, 2010). Fue becario en novela del programa Jóvenes Creadores 2010-2011 del Fonca. Actualiza la bitácora en línea <textonauta.blogspot.com>.

tas saltaban de aquí para allá, disputándose una tortilla aceitosa.

—Hola, don Rubén.

Mi tío saludó al vecino que desde su silla de ruedas, tieso, oía un radio de pilas mal sintonizado. En el suelo se apeñuscaba la cobija que antes cubriera sus rodillas.

Dentro del tambo gigante de lámina —la cisterna de la vecindad— imaginé correr un río helado de refresco y después, quién sabe porqué, el sonido de una bolsa de papitas estrujada entre mis manos.

Una vecina tendía los pañales de su bebé, que lloraba desnudo en una caja de tiras de madera. Mi tío le aproximó a los labios su dedo rasposo y grueso.

—No lo chupes. Fuchi —y le acarició el lóbulo de la oreja.

Mi tío y la mujer se sonrieron a través de la cortina de sol.

En la calle, los rayos de luz se colgaban de las jacarandas, inmóviles de tanto bochorno. A veces silban con el aire, pero ese día la sequedad les tapó la boca. Un chicle hubiera sido el alivio para sus muecas de diminutas hojas, pensé.

Las orillitas de los escalones del puente estaban recién pintadas de amarillo. En las alturas, una nube gris casi acariciaba el barandal.

—Vamos a descansar... venimos bien cargados.

Empalidecido, mi tío se sentó en el tercer escalón y se dio de golpecitos en el pecho como si quisiera sacar un eructo. Después se sobó con la mano el cuello. El des-

tello de un parabrisas que cruzaba la avenida le iluminó la cara.

—Oye, ¿de qué estás enfermo?

—No sé, Jorge, sólo a veces siento que algo quiere atravesarme el costillar y pierdo el aire.

—Oye, y ¿dónde está mi tía para que te cuide?

—Está oculta en el casillero del trabajo —dijo haciendo un guiño—. Trae un vestido delgado que el aire de la playa le ondea como bandera. Se agarra el sombrero de palma para no perderlo.

—¿Y no se ahoga en un lugar tan chico? ¿Qué come?

—No se ahoga porque el aire entra por las rendijas del casillero. A veces le doy mi aliento y ella se deja llevar: flota hacia las nubes como un papelito, como una foto libre. ¿Qué come? Come los dulces que te robo. Le gustan los tamarindos, de eso vivía en su tierra. Cuando estuve guardado los metía de contrabando, junto con cigarrillos y barajas, para dármelos. Ella me cuidó y yo la cuido ahora.

—¿Y cuándo la liberas?

—Cuando salga de aquí —se desabotonó la camisa. En el pecho apareció el tatuaje de un Sagrado Corazón de Jesús con el nombre de Martha al centro, que yo nunca había visto.

Intenté despegar con la punta del pie, águila por águila, una cruz de monedas incrustada en el piso del puente. Mi tío comenzó a descender del otro lado. Lo vi hacerse chaparro, como mi tía Martha; mi tía pequeña que corre de aquí para allá recogiendo conchas en la playa mien-

tras se sujeta el sombrero. No pude imaginarme el mar. Sólo remolinos que convierten en arena los sueños que desfilan detrás.

—Apúrate, Jorge.

Logré alcanzar su sombra. Unos gorriones, que se espulgaban en un eucalipto pegado al puente, echaron a volar cuando bajamos.

El caserío al otro lado de la colonia estaba recién pintado. Frente a los zaguanes de esmalte oscuro había autos estacionados cuyo terciopelo en el tablero invitaba a conducirlos. De debajo de uno salió un perro bostezando. Le di dos palmadas en la cabeza, que agradeció enseguida con lengüetazos y su compañía.

Un matrimonio comía helado. Al ver a mi tío, la mujer, que tenía el cabello húmedo, se repegó a su pareja, quien al mirarme infló los cachetes como marrano. Nos cedieron el paso.

Anduve más rápido.

El perro olisqueó la llanta del auto para orinarla después. Luego, en la base encharcada de un pino, lamió el hocico del reflejo.

—Shh. Vente, Flaco —grité.

Al fondo del depósito de chatarra, una anciana vestida como muñeca de porcelana se mecía haciendo rechinar su silla. Lucía colorete en las mejillas y el cabello apelmazado simulaba una peluca. Alrededor había pilas de lata guarecidas en cofres y aluminio resplandeciente que asomaba bajo mantas de lentejuela. La frialdad de los tesoros me puso la piel chinita.

—Ya sabe dónde ponerlo, Luis.

La anciana tomó el jaibol que se hallaba a sus pies. Sorbió un trago. Mi tío puso el cargamento en la báscula que equilibraba los contrapesos igual que reloj cucú. La mujer fue hacia nosotros retrepándose unos lentes en el puente de la nariz. Yo me toqué la barriga y volví a ver al Flaco: se lamía una costra en el interior del muslo.

—Es poquito. Siete kilos.

Mi tío se llevó la mano al pecho.

—Es más, señor. Échele un kilito más, ¿no?

Se masajeó el copete de jefe de pandilla que tiempo atrás le había ganado el respeto de la colonia, aunque fuera por ratero, como decía Lila.

La anciana le extendió tres monedas.

—¿Lo toma o lo deja?

Pensé que mi tío mostraría la fuerza de cuando marchaba en el patio de la cárcel y peleaba para que nadie lo atravesara con una charrasca. Sin embargo, tomó el dinero y lo metió en el bolsillo del pantalón. Ahí dejó el puño cerrado. Lo vi empequeñecerse entre las pilas de periódico y tentáculos de cuerda.

El cielo se nubló negro.

Le apreté la mano cuando pasamos frente a una tienda. Me restregó la barba en los cachetes, haciéndome reír.

—Toma, Jorge —y me dio las tres monedas.

Entré corriendo. El tendero se hurgaba la nariz detrás del mostrador. Resplandecían ahí las envolturas de los chocolates almendrados y los borrachitos alineados en su estuche de cartón como fichas de dominó rojo listas para la partida. El refresco sidral, las papitas, el bote de chicles flecha, los tamarindos y las paletas payaso me daban ufanas la bienvenida. El Flaco agitó la cola. Soltó de nuevo un bostezo y chorreó algunas gotas de saliva en el piso. Mi tío sonreía en el umbral. Comenzaba a llover. De nuevo la mano en el bolsillo. Tirados sobre una playa convertida sorpresivamente en desierto imaginé a mi tía Martha con el estómago hinchado y al Flaco sediento lamiéndole la mano. Clavadas cada tanto, charrascas unidas como cruz.

—¿Para cuántos tamarindos me alcanza? —pregunté al tendero.

—Éstos van a ser gratis, Jorge —interrumpió mi tío, acercándose; de su bolsillo saltó un resplandor.

Nadie iba a quedarse con hambre. Menos si vivía en un casillero ardiente. 

Conversaciones

Diego Salas

El gran error es creer que se puede domesticar a las conversaciones como el cirquero lo hace con sus tigres. De ellas no hay que esperar lealtad alguna. Esa ingratitud felina que llevan dentro vuelve inútil todo esfuerzo, aun si se les cuida desde que son pequeñitas como un gesto o un breve silencio de sesenta y dos centímetros que separa a dos personas sentadas sobre la mesa. No importa cuánto se les atienda, o con qué rigor o prudencia se les trate de encaminar por los terrenos de la lealtad, las conversaciones suelen abandonar todo consejo, toda súplica; entran y salen por donde quieren, cuando quieren. Con la cabeza nos tocan la puerta para pedir asilo y entran con sus pasos diminutos, dóciles, cristalinas hasta la burla; pero al sentir el cobijo de la casa oscurecen y ondulan travestidas en todos los huecos que se encuentran a su paso, desde los cajones del armario hasta las orejas de los anfitriones que, confiados, llenan los vasos de vino y asan queso como si nada estuviera pasando. Las arpías van y vienen desordenándolo todo, manchándolo todo con la rebaba de sus cuerpos. Lo peor es que en realidad no se sabe qué esperar de ellas al final del día. No siempre lastiman. A veces una extraña compasión les inunda la cara, y entonces son ellas las que te esperan en la puerta de tu casa y te reciben con besos en la boca, te acarician la cara y te llevan hasta la sala para preguntarte cómo va el asunto en la oficina, si ya está sano el perro o si andan bien los jardines de la abuela. Cuando eso ocurre, no queda

más que responder de buena gana, sin remilgos, mansamente. Eso les encanta. Se puede convocar a una concentración masiva de conversaciones con sólo decidirse a deshilar la lengua en un solo acto, palabra por palabra. El problema es que a veces se llega a acumular tal cantidad de conversaciones que es imposible tenerlas a todas en la casa, ni siquiera caben cómodamente en la ciudad, o en todas las ciudades del país. Hay que ser precavido con eso. Las conversaciones no tienen memoria para el hogar, o tienen una bastante distorsionada. Nómadas bestiales, asumen que todo lugar pisado les pertenece. Es raro, no extrañan las tierras que van dejando, pero extrañan a sus anfitriones. Cuando una conversación se encariña contigo, te sigue a todas partes, agazapada en tu bolsillo o en la solapa de la camisa. Si un día una fuerza extraña te impide sentarte en la mesa de algún bar, es porque tus seguidoras llegaron a tal número que no caben ni colgadas de la ventana. Te seguirán por cualquier lado hasta que una de ellas se canse de ti y se abalance contra tu pecho, y te muerda con su mandíbula microscópica, y te abra en canal (también microscópico), y salga de ti un chorrito de sangre que no podrás oler ni mirar, pero lo sentirás inmenso como una de esas formidables heridas de guerra. En ese momento, indignadas por la violencia, todas las conversaciones dejarán de ocupar tu casa o tus bolsillos, y sin saberlo, estarás completamente solo, esperando que alguien toque al otro lado de la puerta. 

Diego Salas (Xalapa, 1984). Poeta y guitarrista de jazz. En 2005 obtuvo la beca del Programa de Intercambio de Residencias Artísticas otorgada por el Fonca. Participó en el festival internacional de poesía Marché de la Poésie, organizado por la Maison de la Poésie à Montréal, y en Noches de poesía, organizado por la traductora Elizabeth Robert. Ha colaborado en antologías de México y Argentina, así como en revistas electrónicas como *Litoral E*. Es autor de *Andar* (UV, 2010).

Fernando Ortega, cazador de grietas

Christian Barragán

Fernando Ortega

Galería Kurimanzutto

Hasta el 16 de febrero de 2013

Después de presentarse individualmente en el Palais de Tokio en 2012, Fernando Ortega (Ciudad de México, 1971) exhibe actualmente en la galería Kurimanzutto once obras realizadas en el inicio de este año. Fue en el desaparecido Museo Universitario de Ciencias y Arte (MUCA, 2008-2009) que se realizó la anterior exposición monográfica de este artista; entonces se mostró una selección que comprendía casi una década de su labor bajo la curaduría de Patrick Charpenel. En los tres años que median entre estos dos eventos, durante los cuales pasó estancias en la India y Francia, Ortega continuó desarrollando su discurso estético a modo de un elogio de la transitoriedad.

A diferencia del *ready made* creado por Marcel Duchamp a principios del siglo XX, las múltiples prácticas de Land Art coinciden en la conservación de los significados de la realidad con que operan, mudando de este modo la constitución de la obra de arte de la representación a la instauración de la presencia. Las acciones de Fernando Ortega son herederas de este hecho y sus consecuencias. Los objetos recuperados y congregados por Ortega emplazan su dimensión en el espacio aséptico de la galería, quedando “expuestos” al devenir de su naturaleza. Como en ciertas obras povera de Giovanni Anselmo [*Sin título (Estructura que come)*, 1968, y *Aliento*, 1969] o en instalaciones de Félix González-Torres [*Untitled (Placebo-Landscape-for Roni)*, 1993, y *Untitled (Perfect Lovers)*, 1987-1990], las obras de Ortega existen mientras “suceden” en el tiempo de exhibición, acentuando su precariedad ante lo monumental, firme y permanente.

Un recuerdo —dijo Ramón Gómez de la Serna en alguna de sus greguerías— es una “arañita que baja del techo”. Para Fernando Ortega, la memoria es la tensión que dibuja el delgado hilo de la araña sobre el espacio. A través de una demorada observación, el ejercicio de Ortega establece un estado de alerta entre presencias distantes y cotidianas. Ya sea el vacío que aísla dos muros en el umbral de una entrada (*Open TV*) o la exaltación que rompe el frágil silencio de una telaraña (*Vacancy*), cada obra es, a un mismo tiempo, el testimonio de un gesto a punto de desaparecer y el rastro —sutil y equívoco— de su ausencia. Así sucede con las cuatro botellas de champagne titu-

ladas *Second chance*, donde cada una de éstas se haya inestable a merced del estallido que haga saltar el corcho y el pequeño chapulín insertado encima de aquél. La obra concluye con la huella que el vino deja al derramarse en derredor del pedestal blanco. Paradójicamente, el mensaje que el trabajo de Ortega comunica sólo perdura en el cambio. Su sentido mismo radica en el efímero equilibrio que provoca.

Atento a las pulsiones, rincones y sucesos menores de la vida diaria, la actividad de Fernando Ortega traza geografías domésticas, olvidadas e inesperadas para la rutina, el hastío y la espectacularidad de gran parte del arte contemporáneo local e internacional. Si Louise Bourgeois encontró en la gravedad del bronce la forma justa para su araña *Maman* (1999), Ortega dispone ante el público *Vacancy*: una leve e intrincada telaraña tejida entre los extremos de una antena para televisión. El espectador debe, en consecuencia, acercarse a la obra más de lo habitual para conocerla, comprometiendo la integridad de ésta misma y, a veces, también la propia (*Adagio sostenuto*). Y no sólo eso, pues al hacerlo, el espectador participa de una dinámica distinta y aún arriesgada para la correcta recepción de las obras. Semejante a una constelación, la situación planteada por el artista modifica las relaciones con el espacio de exposición y, evidentemente, con los eventos sitiados por sus muros. Sin embargo, pareciera que la intención de Ortega fuera desbordar el espacio —y al espectador con él— al construir un orden que mudará en azar y desconcierto.

Inesperadamente, las botellas de champagne romperán su silencio y cordura haciendo saltar insectos sobre el aire, mientras que las cuatro armónicas en equilibrio (*Harmonic variations*) caerán dejando esparcida su estela de esquirlas de vidrio y notas agudas sobre el suelo; la araña contenida en el frasco sobre la mesa de madera (*Por si las moscas*) escapará de su reclusión y vagará a espaldas de quien en vano intenta contemplarla; alguien subirá la escalera de metal (*K5-Hidden Peak*) y hará resonar el triángulo que paciente aguarda justo encima de ésta. Ninguna obra *es*, sino *está siendo*, suspendida entre lo previsto y el desconocimiento.

Al final del recorrido, Fernando Ortega colocó a cada lado de dos muros la mitad vertical de una fotografía, custodiando la entrada y salida de los visitantes. La nombró *Open TV*, y en ella se aprecia la vista longitudinal de una banqueta: al lado izquierdo, pequeños locales comerciales y un hombre sentado en una silla mirando de frente, al lado derecho se logra ver el paso de autos, un hombre a lo lejos y un mueble viejo sobre el que descansa una televisión aparentemente encendida. Vista de frente, un vacío blanco habita entre la fotografía, suscitando una mirada horizontal e incierta. Una grieta, diríase, en medio del muro. El espacio configurado por Ortega —al igual que la obra— es abierto, dispuesto a encuentros sin prisa, aunque furtivos.

Christian Barragán (Ciudad de México, 1985). Estudió Psicología en la UNAM. Es poeta, curador independiente y coleccionista. Ha publicado en *Punto de partida*, *Tierra Adentro*, *Crítica*, *Luvina*, *Periódico de Poesía*, *Metapolítica*, *La Jornada Semanal*, *Viento en Vela*, *Literal*, *Taxi Magazine* y *AAD MX*. Su libro *De un oscuro oleaje* (inédito) mereció el III Premio Nacional de Poesía Joven Gutierre de Cetina. En 2009 fundó BaCO, agencia de arte contemporáneo emergente.

